

Valeria Coronel y Mercedes Prieto,
coordinadoras

Celebraciones centenarias y negociaciones por la nación ecuatoriana



Celebraciones centenarias y negociaciones por la nación ecuatoriana /
coordinado por Valeria Coronel y Mercedes Prieto. Quito : FLACSO, Sede Ecuador :
Ministerio de Cultura, 2010

349 p. : ilus., fotografías, mapas, tablas. – (Colección Bicentenario)

ISBN : 978-9978-67-262-4

ECUADOR ; HISTORIA ; REVOLUCIÓN LIBERAL ; POLÍTICA ; ESTADO ;
NACIÓN ; ARTE ; CULTURA ; CIENCIA ; GÉNERO ; MUJERES ; INDÍGENAS ;
QUITO ; CLASES SOCIALES ; RELACIONES INTERÉTNICAS ;
POSCOLONIALISMO

986.6 - CDD

© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro

Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 323 8888

Fax: (593-2) 323 7960

www.flacso.org.ec

Ministerio de Cultura

Av. Colón E5-34 y Juan León Mera

Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 3814-550

www.ministeriodecultura.gov.ec

ISBN: 978-9978-67-262-4

Cuidado de la edición: Verónica Vacas

Diseño de portada e interiores: Antonio Mena

Imprenta: CrearImagen

Quito, Ecuador, 2010

1ª. edición: noviembre 2010

Índice

Presentación	7
Introducción	
Celebraciones centenarias y negociaciones por la nación: proyecto civilizatorio y fronteras coloniales en el Ecuador	9
<i>Valeria Coronel y Mercedes Prieto</i>	
Nace el arte moderno: espacios y definiciones en disputa (1895-1925),	23
<i>Trinidad Pérez</i>	
Mapas, obras y representaciones sobre la nación y el territorio. De la corografía al Instituto Geográfico Militar	77
<i>Ernesto Capelo</i>	
Cultura popular, vida cotidiana y modernidad periférica	123
<i>Eduardo Kingman</i>	
El discurso civilizatorio y el lugar del trabajo en la nación poscolonial	155
<i>Valeria Coronel</i>	
Las paradojas del liberalismo y las mujeres: coyuntura 1907-1909	209
<i>Ana María Goetschel</i>	

El congreso católico de mujeres en 1909 y la regeneración de la nación	241
<i>Gioconda Herrera</i>	
Los indios y la nación: historias y memorias en disputa	265
<i>Mercedes Prieto</i>	
Epílogo	
Historias de vida de mujeres indígenas a través de la educación y el liderazgo. Intersecciones de raza, género y locación	317
<i>Sarah A. Radcliffe</i>	

El discurso civilizatorio y el lugar del trabajo en la nación poscolonial¹

Valeria Coronel²

Cuando se celebraron cien años del inicio del proceso independentista en Hispanoamérica, las sociedades latinoamericanas se encontraban conmovidas por guerras civiles en las que se ponía en juego visiones sobre el ordenamiento estatal, y se dirimía la posibilidad de consolidar Estados centrales y sistemas de partidos que sustituyeran al caudillismo y al poder gamonal vigente por casi un siglo.

De abajo hacia arriba, las guerras civiles eran vividas como momentos de crisis que agudizaban la fragilidad campesina y empujaban a nuevos sectores a entrar en relaciones de dependencia o concertaje, o los involucraban en procesos de enrolamiento forzoso en las tropas; pero también eran una oportunidad para militar por una causa nacional y negociar –movilizados– su posición en las relaciones de poder local, y hacer de sus aspiraciones de emancipación laboral y redistribución un problema nacional³. La relación

1 Agradezco a Mercedes Prieto por sus apuntes críticos sobre este artículo, a Alejandro López por su apoyo con el trabajo de investigación y a Tania Correa Bohórquez por su revisión de los textos y las imágenes.

2 Historiadora, candidata a Ph.D. de la Universidad de Nueva York y actualmente es profesora investigadora del programa de Sociología en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-Sede Ecuador. Miembro de la Red de Conceptualismos del Sur.

3 Entre esta literatura quisiera resaltar el trabajo comparativo sobre las relaciones civiles militares a la base de la formación de regímenes estatales de un seguidor latinoamericano de Barrington Moore Jr., Fernando López-Alvez (2000). El estudio de Rebecca Scott (2000) sobre la insurrección de los esclavos en las guerras por la independencia de Cuba, y su evaluación de la reacción del Estado ante esta politización, mediante la creación del régimen transitorio del patronato también ha sido fundamental en la historiografía latinoamericana, por haber aportado un giro

entre el poder local y las necesidades de los actores ligados al capital comercial por constituir un Estado centralizado que facilitara la articulación internacional buscaba su salida en programas liberales, en varios países como Cuba, Uruguay, Colombia y Ecuador (López-Alves, 2000).

La historiografía de varios países latinoamericanos ha identificado cómo el involucramiento popular en las milicias durante las guerras civiles que atravesaron el continente entre finales del siglo XIX y principios del XX modificó sustancialmente la capacidad de las clases subalternas de negociar temas sustanciales, entre estos: emancipación laboral, integración a la comunidad política y redistribución de tierras. La presión que estas pudieron ejercer en varios países, tras movilizarse en tropas y montoneras, incidió en la transformación de los Estados, pues estos, como respuesta, generaron reacciones tales como un incremento de la coerción, también buscaron salida en la creación de instituciones intermedias para la lenta transformación de relaciones laborales y el aplazamiento de la expansión de los derechos de *ciudadanía* (Scott, 2000), o, alternativamente, imprimieron senderos específicos de modernización que produjeron vías democráticas y autoritarias de incorporación del campesinado y las clases populares en las estructuras de representación política (Mallon, 1995; Turits, 2003).

Este capítulo estudia la negociación emprendida por varios actores políticos de su posición en el ordenamiento posrevolucionario, y la incidencia que tuvo en estas negociaciones la apropiación del concepto de civilización, al momento de concebir cuál era el lugar del trabajo y de las clases subalternas en la institucionalización del poder y en el nuevo orden estatal. Con base en una diversidad de fuentes que traducen las voces en

más histórico que estructural en el tratamiento de los cambios económicos y políticos en la región. Véanse también las obras de Ferrer (1999) y Mallon (1995). Para un tratamiento de una de las guerras más memorables de la región andina, la guerra de los mil días, en Colombia, véase Gonzalo Sánchez y Mario Aguilera (2001). En Ecuador, los trabajos existentes sobre la Revolución Liberal sugieren la existencia de montoneras populares en las provincias de la Costa, y alianzas entre las élites liberales y las comunidades indígenas de la Sierra central; sin embargo, la mayor parte de trabajos se concentran en la secularización del Estado y en la crítica a las alianzas establecidas entre élites liberales y conservadoras que “traicionan el legado radical” (Ayala Mora, 1991 y 1988; Quintero y Silva, 1991). La historiografía ecuatoriana carece aún de un tratamiento pormenorizado de la guerra y la participación popular. Sobre la incorporación del campesinado, reforma estatal y autoritarismo véase Turits (2003).

juego en la coyuntura de la celebración del centenario, observo cómo se configuran los procesos selectivos de inclusión social del sector obrero artesanal urbano, al tiempo que posponen la negociación de las demandas campesinas e indígenas.

Una serie de fuentes nos brinda un acceso al discurso de la élite del partido liberal sobre civilización, paz y democracia, y a sus decisiones respecto a cómo lidiar con las clases subalternas movilizadas e integrar estratégicamente una parte de ellas a la vida del partido. Otras nos permiten el estudio del discurso de la élite conservadora serrana, representada en la dirigencia de la Acción Social Católica de la capital, respecto de su lugar en las representaciones nacionales del centenario, respecto de su poder regional como cabeza de corporaciones sociales y de su hegemonía sobre las clases populares urbanas. Este marco de discursos y artefactos culturales relacionados sienta condiciones para la integración popular condicionada a procesos civilizatorios que son observados, discutidos y experimentados al interior de las corporaciones obreras, donde se configura una representación de su lugar en la nación y se debaten expectativas de mayor integración que permitieran matizar la frontera de la discriminación. Dentro de la organización obrera, militantes del liberalismo y militantes del catolicismo negocian la dirigencia de las corporaciones, hasta que se observa cómo, a partir del centenario y durante toda la década del diez, estos antagonismos políticos se ven desmovilizados por un proceso de unificación ideológica que tiende a establecerse en las principales provincias del país.

Este proceso de integración de lo popular urbano a organizaciones ligadas a los partidos liberal y conservador, en las regiones de su mayor influencia, se logra, según mi propuesta, en parte, a través del efecto ordenador del discurso civilizatorio que se enarbola en el contexto centenario. El estudio de las negociaciones políticas y culturales en el seno del espacio artesanal y en el diálogo entre partidos constituye un escenario clave para entender la formación y la dinámica del llamado Estado oligárquico en sus inicios. El análisis implica, además, una experiencia formativa en la que se observa la interacción entre élites y clases subalternas, que negocian y conforman un nuevo régimen político.

Momentos y lineamientos de la negociación posbélica

La Revolución Liberal, que fue una guerra civil, arrastró bienes y movilizó personas de distinta categoría social, en un período largo aunque no continuo en el que se destacan coyunturas de confrontación bélica, como la “restauración” contra Ignacio de Veintimilla, entre 1882 y 1884, o la guerra de 1895, en la que los generales liberales lograron subir a la Sierra por su triunfo en la conocida batalla de Gatazo, en Guaranda, provincia de Bolívar, con lo que Alfaro logró la jefatura nacional. Mientras el caudillo intentaba estabilizarse a través de una Asamblea Nacional, convocada en 1897 para establecer las negociaciones de paz, emitir una Constitución y elegir presidente, asediaba una insurgencia armada conservadora, en el sur, en Azuay, dirigida por Antonio Vega y otra en la frontera norte con Colombia.

En medio de las amenazas militares en ambas fronteras, esta asamblea recibió una gran cantidad de pedidos, de una diversidad de actores a lo largo del territorio, que reclamaban el cumplimiento de las ofertas de la revolución. Entre estos reclamos, que ahora forman parte del archivo de la función legislativa de Ecuador se pueden reconocer dos grandes tipos de reclamos que primaron: por un lado, aquellos que demandaban la reparación de perjuicios económicos, emitidos generalmente por propietarios ganaderos, hacendados, dueños de comercios urbanos o sectores más populares que habían perdido sus equinos; y por otro lado, reclamos que provenían de campesinos que, a lo largo del territorio, en Sierra y Costa, reclamaban la abolición de las cartas del concertaje y un proceso de redistribución de tierras y protección jurídica del Estado frente a un poderoso sector gamonal. La decisión de la Asamblea de resolver en primera instancia los reclamos por indemnización en torno a pérdidas y perjuicios a la propiedad causados durante la guerra marcó, en gran parte, el derrotero de la institucionalización posterior a la revolución y mostró su peso en el segundo gobierno de Alfaro, entre 1906 y 1911, cuando las negociaciones entre las élites liberales y conservadoras habían fragmentado el partido liberal.

En efecto, la Asamblea de 1897, en un afán por pacificar las provincias, creó comisiones encargadas de investigar reclamos económicos y reconoció la factura pasada al Estado negociando con varios sectores pro-

pietarios de cada provincia. Una ley emitida el 14 de mayo de 1897 daba reconocimiento a los créditos de los prestamistas y a los reclamos de propietarios de cada provincia que se habían visto afectados o habían aportado a la causa de la “regeneración”⁴.

La suerte de las demandas adelantadas por el campesinado fue distinta. Los campesinos vivieron experiencias críticas durante la guerra. En algunos casos, por deterioro de sus condiciones de vida, pasaron a engrosar las filas del concertaje, o experimentaron procesos de enrolamiento forzoso, particularmente al bando conservador⁵. También vieron, en el conflicto militar, una oportunidad de adelantar sus demandas en nombre de la nación⁶. Los papeles desclasificados de la Asamblea Nacional de 1897 dejan ver la demanda de campesinos conciertos a lo largo del país por la expedición de una ley que prohibiera los mecanismos que forzaban a cumplir trabajo no remunerado a una vasta población, bajo la dominación del concertaje. Asimismo, se observa cómo esta demanda por un nuevo estatuto jurídico para el campesinado, que solicitaba ser reconocido como “persona”, iba de la mano de propuestas de redistribución de tierras y proyectos que apuntaban a la búsqueda de autonomía económica del poder gamonal.

4 El archivo de la función legislativa (AFL) recoge los informes de las comisiones provinciales, en el margen de los documentos constan como solicitudes despachadas, por lo que podemos pensar que, efectivamente, estas solicitudes se resolvieron y egresaron significativos fondos, en recompensa por la ayuda financiera durante la guerra. Varias comunicaciones e informes de comisiones provinciales a la asamblea liberal aparecen como solicitudes despachadas. También existen algunas solicitudes enviadas individualmente, entre estas, la demanda de J. Ribadeneira, quien pide que se le devuelvan 8 398 sucres, invertidos en la causa de la Revolución Liberal (AFL, Asamblea Nacional 1896-1897. Caja 79, 23 (e) *Solicitudes despachadas* (101-120), expediente 113, febrero 28 de 1897).

5 AFL, El indígena Manuel Concha pide que se resuelva lo conveniente sobre un documento de concertaje que de un modo indebido le hizo firmar el señor Dr. Miguel Toral en Baños, Tungurahua, el año 1895, para librarlo de haber sido tomado por las fuerzas de la revolución conservadora, comandada por el señor Antonio Vega, conservador para el combate de Portete. Caja 81, Carpeta 24 (a) *Solicitudes despachadas*”, Expediente 14.

6 Para un tratamiento de cómo el involucramiento de las clases populares en las guerras civiles transformó el lugar de estos actores en el conjunto social y consolidó sus expectativas de integración a la nación a través de derechos políticos véase el estudio de Fernán González respecto de la guerra de los mil días en Colombia (2001); así como la obra de Rebecca Scott sobre las expectativas de las tropas populares en la independencia de Cuba y su efecto en el proceso de abolición de la esclavitud (2000).

En tinta roja, al margen de los documentos, se observa que las solicitudes relativas al concertaje debían ser postergadas hasta un futuro tratamiento de la ley de jornaleros que, supuestamente, la Asamblea no había tenido tiempo de tratar. Los solicitantes comentan sobre las razones que podían haber llevado a este aplazamiento con franco disgusto. En este sentido, unos “ciudadanos de Guayaquil” bajo la dominación del concertaje insisten en que se revea el aplazamiento convenido por la Asamblea, y por el propio Eloy Alfaro, en los siguientes términos:

No sabemos porque [*sic*] tanta aferración. Aunque en fragmentos hemos leído el mensaje del Gral, Alfaro, nos hemos admirado que al tratar en él la abolición del concertaje, entre palabras cortas y disculpantes, atribuye abstención del decreto aludido porque más de un propietario agrícola hubo que le indicó que era dar muerte a esa industria. Con mayores razones en la época administrativa del General Urquina, varios capitalistas se oponían para la abolición de la esclavitud pero contra el torrente de esos especuladores sobre la libertad del hombre se dio el decreto de la abolición aludida sin que dieran los resultados que prejuizaran; es por esto que acudimos a la Asamblea del 96 para que sin mucha meditación haga que las cartas de concertajes queden abolidas, basta que estas fueron las que sustituyeron las de la esclavitud y últimamente no es posible que en el Ecuador sea el único país sudamericano en donde todavía existan rezagos del despotismo del coloniaje que tantos desengaños bien amargos vienen costando a los gobiernos que patrocinan ciertas leyes que rememoran la crueldad de ellas por los efectos que han producido⁷.

De la misma forma, el tratamiento de demandas por tierras se excluyó de la Asamblea, por considerarse un tema que tenía que ver estrictamente con la propiedad privada y, por tanto, dirimirlo correspondía a los jueces comunes⁸. Estas causas fueron reabiertas en condiciones de negociación muy distintas a las que existían en el país cuando las tropas del liberalismo aún se encontraban movilizadas, entre 1915 y 1917. En este sentido,

7 AFL, Varios ciudadanos de Guayaquil piden la abolición de las cartas de concertajes, Asamblea Nacional 1896-1897. Caja 81, Carpeta 24 (a) *Solicitudes no despachadas*, Expediente 15.

8 Véase, por ejemplo: AFL, Asunto indios. Caja 69, Carpeta 2 (b) *Informes aprobados*, Asamblea Nacional Constituyente 1986-1987, Expediente 112.

el proyecto de fortalecimiento del Estado también quedó postergado, pues el pacto se cerró prematuramente, antes de que los nuevos sujetos políticos pudieran negociar con más presión sus derechos. Agustín Cueva Sáenz (1915) es claro en este aspecto: en Ecuador, los legisladores se habían ocupado del asunto de la democracia como un tema del poder público, “vigilantes de encontrar un punto entre la dictadura y la anarquía” mientras se había descuidado totalmente “el problema social”.

[E]ntre tanto, los problemas sociales, aquellos que dicen relación al organismo, a la estructura, al funcionamiento de las muchedumbres y de las diversas clases sociales, a su actividad desplegada sin atenciones con el poder público, ha sido descuidado y olvidado, y al cabo de un siglo de existencia republicana, nos hallamos en la mitad o las dos terceras partes de nuestra población sumidas en la servidumbre y frente a nosotros y en plena democracia escrita se alza el edificio medioeval del privilegio y la violencia a estas horas cuando ha sido reducido a escombros y en todo el mundo civilizado⁹.

Este sector, que había conseguido poco de la Asamblea de 1897, siguió disputando y forcejeando con otros actores en nombre de la Revolución Liberal, más allá de los lineamientos y prioridades del Estado liberal. Efectivamente, entre estas múltiples fronteras que aún permanecieron abiertas en tensa negociación, más allá de la voluntad de pacificación y del establecimiento de condiciones por parte de la élite, cabe mencionar, en primera instancia, la frontera agraria. Los casos de demanda por restitución de tierras usurpadas y redistribución, así como los reclamos contra los abusos del concertaje se volvieron a abrir ante la justicia tras la crisis del Estado liberal, a partir del período de reforma estatal, iniciado en 1925 y que incorporaba nociones de derecho social, particularmente desde la emisión de la Ley de patrimonio territorial del Estado y a partir de

9 Agustín Cueva S. había desarrollado todos los argumentos a favor del proyecto de la “ley de jornaleros”. En medio del senado, propuso una reflexión en torno al tema de la servidumbre en Ecuador (AFL, Debate sobre el concertaje, octubre 2 de 1915, Acta 43, páginas 372 en adelante). Para un análisis sobre los argumentos que justificaban la servidumbre de los indios en la misma Asamblea Nacional véase Prieto (2004).

la fundación de la Inspectoría general del trabajo en 1929, como he argumentado en trabajos anteriores (Coronel, 2009a).

Aunque la Constitución liberal, emitida en 1906, consolidó institucionalmente al Estado liberal, la literatura describe la década del diez a través de dos características: la polarización del partido liberal relacionada con la confrontación bélica entre guerrillas radicales y el programa civilista, y la modernización desde arriba dirigida por élites de ideologías conservadora o liberal que se consolidaron como poderes regionales (Mauguashca, 1994). Las guerrillas radicales se apostaban en Esmeraldas y Manabí, y Guayas se consolidaba como un experimento dirigido por la élite comercial y financiera y por un orden regional centrado en Guayaquil que subordinaba su entorno agrario, mientras en la Sierra tendía a predominar una “modernización católica” dirigida por una élite de origen terrateniente. Esta tendencia era particularmente visible en la zona nuclear de Pichincha y Quito, en todas las capitales provinciales existían también núcleos liberales pero estos estaban conformados por el estrato superior de la sociedad, mientras las corporaciones obreras de la Sierra se distinguían por una mayoría evidente del conservadurismo¹⁰.

La década del diez inicia con la celebración del centenario de la Independencia y el reconocimiento público que ocurre en este evento del valor de la paz nacional. Sin embargo, los conflictos por la definición de la tendencia prioritaria dentro del liberalismo conducen a la división y confrontación militar ente civilistas, encabezados por Leonidas Plaza y Emilio Estrada, presidente, y las facciones radicales, dirigidas por Flavio Alfaro y el general Montero, que desconocían a los civilistas y se abanderaban bajo el nombre del caudillo Eloy Alfaro. Esta confrontación y la compleja negociación iniciada con el conservadurismo serrano, representado por Carlos Freile Zaldumbide, presidente encargado en 1912, cobró la vida de Alfaro, asesinado en prisión. A partir de este acontecimiento, el conflicto interno del partido liberal se volvió irreconciliable. La guerrilla radical, asentada en Esmeraldas bajo la dirección del general Concha, y el gobierno del general Lastres mantuvieron amenazado al gobierno del general Leonidas Plaza, quien, a su vez, buscó alianzas en los poderes

10 CCO. Actas del Centro Católico de Obreros (1909) preparación del congreso obrero.

regionales constituidos. En un telegrama desde Ambato, de diciembre de 1913, el ideólogo histórico del liberalismo Juan Benigno Vela¹¹ advertía a Plaza que no debía destruir el partido liberal pactando con los conservadores, como lo hizo en Colombia Rafael Núñez.

(...) tiene usted un buen ejército, la opinión pública en su favor, la justicia de su parte, todo el Partido Liberal que en la hora del peligro allí está en masa para rodear al gobierno. Este partido no es un circulillo reducido como piensan esos señores, es un gran conjunto de hombres sensatos e ilustrados que desde el año noventa y cinco viene empeñado en la lucha desafiando al impotente conservadorismo. Claro está que los del partido histórico quieren engañar a Ud. entrando en el gabinete, en las gobernaciones, mandando el ejército y de aquí sus alharacas, la espantosa situación. Pero usted no es Rafael Núñez, sombrío personaje que ha de manchar su nombre y su limpia historia traicionando a su partido¹².

De este período de negociación se conoce en parte el establecimiento de arreglos de convivencia pacífica entre el partido liberal civilista y el conservadurismo apostado en el poder regional y municipal a lo largo de la Sierra (Quintero y Silva, 1986). La literatura ha descrito, asimismo, un afianzamiento del poder local de la élite terrateniente en Pichincha y varias otras provincias de la Sierra.

Varios autores coinciden en que los productos textiles importados de Inglaterra fueron desplazados, a partir de la Primera Guerra Mundial, por los productos de las industrias serranas, ya que la élite terrateniente utilizó sus recursos agrarios para crear un capital, modernizó sus obrajes y aprovechó el medio del ferrocarril y la situación internacional de tal forma, que la crisis de los precios del cacao no impidió que se diera un momento de expansión y fortalecimiento de la hacienda comercial y la industria textil en la Sierra, en los años 1914-1925, aproximadamente (Saint-Geours, 1994;

11 Jefe civil y militar de la ciudad de Ambato durante el primer gobierno del gral. Alfaro; gobernador de la provincia de Tungurahua, senador y diputado por la misma a varios congresos; miembro principal de la "Comisión revisora de la legislación ecuatoriana". Un ideólogo del liberalismo que fuera estudiante de Simón Rodríguez y contemporáneo de Gabriel García Moreno.

12 Esta carta es recogida por Pío Jaramillo Alvarado, bajo el seudónimo de Petronio, en un artículo en el periódico *El Día* que forma parte de la obra periodística compilada en el libro *La asamblea liberal y sus aspectos políticos* (1924).

Deler, 1987). Aún dependientes del subsidio de las comunidades campesinas y reacias a expandir el régimen salarial entre sus trabajadores, las élites de la Sierra habían empezado un decidido proceso de diversificación que había transformado a los herederos de tierras y privilegiados de las políticas de tierras baldías en nuevos patrones de complejos industriales.

Se puede observar cómo, en la década del diez, los partidos se transformaron. Ya no eran los “restauradores” y “progresistas” descritos por Ayala Mora (1978), estructuras organizativas constituidas que utilizaban exclusivamente las formas gamonales de control político. El partido liberal tampoco era un partido nacional que pudiera articular, como en los años de la guerra, milicias de compleja composición social movilizadas en torno a un imaginario revolucionario. Los partidos conservador y liberal, vistos desde sus prácticas políticas regionales, muestran un activo trabajo por la promoción de corporaciones de diverso estrato social. En Guayas, la consolidación de la Sociedad Filantrópica del Guayas y la Junta de Beneficencia de Guayaquil se genera junto con una consolidación de la Confederación Obrera del Guayas, compuestas por una diversidad de sectores entre los que la presencia artesanal era mayoritaria, pero que también constituían una forma de inserción de milicias de la revolución a la vida civil; este es el caso, por ejemplo, de la Sociedad Cinco de Junio (De la Torre, 1999; Chaves Mata, 1914). En Pichincha, la Iglesia Católica y círculos de miembros dirigentes de una nueva generación de la élite patronal colaboraron en la formación de las corporaciones fundamentales del partido conservador, instituciones académicas, de caridad, financieras, y también corporaciones obreras y escuelas de artes, oficios y moral, que compusieron la red de corporaciones a la base del orden social conservador promovido por este partido. La Confederación Obrera del Guayas y, en Pichincha, el Centro Católico de Obreros y la Sociedad Artística e Industrial permanecieron ligados a los partidos liberal y conservador hasta la crisis política de 1922 y la emergencia de las izquierdas en la gama política, a partir de 1926¹³.

Del conjunto de acuerdos que imprimen su carácter específico a la institucionalización del Estado ecuatoriano, posterior a la Revolución Liberal, se propone que la limitada negociación de la agenda campesina, que

13 Las memorias de la Confederación Obrera del Guayas (COG), de la Sociedad Artística e Industrial de Pichincha (SAIP), del Centro Católico de Obreros (CCO), y del Don Bosco, en

dejó a las sociedades agrarias repletas de expectativas incumplidas, es un trasfondo significativo que no puede ser excluido del análisis de una serie de negociaciones por la inclusión de lo obrero urbano y su legitimación, que fueron emprendidas por los partidos políticos en la década del diez¹⁴. En un sentido global, la propuesta de una integración gradual del “obrero” a la nación, en la década del diez, surgió como alternativa de democratización gradual y legitimó la existencia de un obrerismo urbano, cuando, simultáneamente, el campesinado volvía a la sombra.

A la vez que se aplazaba la negociación de demandas de un vasto sector rural movilizado durante las guerras civiles, otras alianzas se conformaron estratégicamente. Estas facilitaron la integración de otros sectores populares que ampliaron la base de los tradicionales partidos políticos. La conformación de partidos políticos con bases populares urbanas, que integraban las “confederaciones obreras”, fue vista, en la época, por ambas élites, como un signo promisorio de que se podía configurar una civilización democrática sin necesidad de perder los privilegios que distanciaban a las ciudades de su entorno agrario, y sin romper la lógica de las relaciones “interno-coloniales”. Pese a la diferencia ideológica entre ambos partidos, en su momento coincidieron en suspender la discusión del concierto y la tierra, y aplazaron la posibilidad de adelantar programas de transformación de las relaciones parasitarias o “interno-coloniales” que articulaban los centros urbanos, especialmente las zonas nucleares de Quito y Guayaquil, con su entorno agrario.

A partir de esa década, los partidos coincidieron en la necesidad de integrar sectores populares a los esquemas institucionales que instalaban en sus regiones de influencia, por lo cual el gobierno liberal en el Guayas

Quito, constituyen fuentes fundamentales para indagar sobre los procesos organizativos y la relación entre organizaciones y partidos que aquí proponemos. Estas memorias están expresadas en sus libros de actas organizacionales, así como en textos impresos en las tipografías de estas corporaciones, con auspicio municipal. Esta información se contrasta con artículos de prensa y documentación municipal. Véanse las obras de José María Chávez Mata (1914), perteneciente a la sociedad de tipógrafos y a la COG, de José Buenaventura Navas (1929) y de Miguel Chiriboga Alvear (1917), representativas de la memoria obrera, sobre su proceso organizativo y su relación con los partidos políticos.

14 Estas demandas solo se volverán a dilucidar en el contexto de la Revolución Juliana, en las décadas del treinta y cuarenta, al respecto véase Clark (1998), Becker y Tutillo (2009), Ibarra (2004) y Coronel (2009b).

y la élite municipal de Quito se vieron muy atareados, promoviendo agremiaciones obreras urbanas. En estas corporaciones se dio una serie de negociaciones significativas, y aún poco conocidas, del orden posrevolucionario, y se configuró el llamado Estado oligárquico.

En este sentido, el estudio de la negociación política y cultural que preparó la integración de la cuestión obrera dentro del sistema político ecuatoriano es un tema central en el proceso de institucionalización de la Revolución Liberal, pues constituye un proceso comparable al de otros “gradualismos” en América Latina. Rebecca Scott (2000) habla, bajo este concepto, de dos procesos complementarios de la reacción frente a la insurgencia campesina: medidas jurídicas y políticas para administrar el trabajo en un nivel que no permite la abolición total de la esclavitud ni la emergencia de relaciones salariales; y la configuración de instituciones de tutelaje urbano y rural para administrar la población subalterna.

La civilización es el discurso primordial dentro de estos regímenes gradualistas de integración del trabajo y los trabajadores dentro de la comunidad política, así como dentro de los órdenes regionales promovidos por los partidos. En una lógica gradualista, estas organizaciones fueron vistas como espacios de aprendizaje de patrones civilizatorios liberales o conservadores. En estos escenarios se preparaba a las clases subalternas para una futura y plena integración, mediante ejercicios de distanciamiento de sus lazos con otras poblaciones racializadas. El proceso de consolidación de las confederaciones obreras conservadora y liberal dentro de proyectos civilizatorios regionales no se puede leer desligado de la naturaleza de las relaciones entre estas civilizaciones modernas, dirigidas desde arriba, y su entorno agrario, donde se reproducen tensas y cada vez más conflictivas relaciones de concertaje y exclusión política.

A riesgo de perder el liderazgo del liberalismo ante la facción representada por Leonidas Plaza y los civilistas, ante un país cansado por treinta y dos meses de guerra, y frente a la amenaza de unas élites conservadoras que se fortalecían a nivel regional con base en las propiedades descorporativizadas de la Iglesia Católica y que se renovaban ideológicamente, Eloy Alfaro construyó dos emblemas de unidad nacional: el ferrocarril del sur y el festejo del primer centenario de la Independencia. Dentro del segundo, Alfaro asumió, con particular entusiasmo, el levantamiento de la

incomparable vitrina de una Exposición Nacional del Centenario y le otorgó un financiamiento extraordinario.

El discurso de las exposiciones universales: código y tensión

Las exposiciones universales fueron vitrinas donde se desplegaron los valores fundamentales de las sociedades industriales y los modernos imperios: se exhibían, en orden jerárquico, los prodigios del progreso, las mercancías, y objetos “culturales” que llamaban la mirada de Occidente hacia los continentes coloniales. El moderno concepto de civilización portaba consigo una visión sobre las sociedades nacionales metropolitanas y otra sobre las colonias o las repúblicas periféricas que se englobaban, en un deliberado contraste con las primeras, como civilizaciones orientales.

La vitrina de la civilización moderna enfatizaba en dos grandes valores: el primero, el valor de la igualdad civil, que había permitido el despliegue de las máximas capacidades del trabajo humano, hasta el punto de dominar la naturaleza; el segundo, el valor de la autonomía subjetiva, noción clave para la política moderna, que demandaba de los sujetos una voluntad orientada al consenso. La estética burguesa transformaba los objetos en artefactos que configuraban nuevas formas de subjetividad. En los objetos desplegados el poder se articulaba al placer (Ariés y Duby, 1989; Foucault, 1990). La noción de autonomía subjetiva estaba ligada, también, a la formación del campo de las artes modernas como espacio de capitalización simbólica (Bourdieu, 1995).

La civilización moderna, caracterizada por esa coexistencia entre racionalismo instrumental y autonomía subjetiva, se contrastaba con la imagen de unas civilizaciones *otras*, donde las instituciones sociales integraban en un todo la religión, la economía y la política, clausurando el espacio para la autonomía subjetiva y el racionalismo (Harootunian, 2000). Entre las más influyentes exposiciones universales, la de Francia, a los cien años de la revolución, presentó una escenografía que hablaba del presente moderno como un lugar desde el que se podía “recapitular el pasado y controlar el futuro” (Tenorio-Trillo, 1998). La galería denominada “Exposición retrospectiva del trabajo y de las ciencias antropológicas” y las “Habitaciones del

Hombre” exhibían objetos cuyo valor se atribuía a la conciencia religiosa de antiguas civilizaciones y reinos despóticos que se reproducían, según este discurso, en las costumbres de los contemporáneos nativos de las periferias. Estos objetos portaban un discurso sobre la capacidad del imperio de conocer y coleccionar objetos desencajándolos de lo que, se suponía, era su entorno mitológico, para convertirlos, en Occidente, en curiosidades, tesoros museísticos y mercancías (Mitchell, 2004).

Este repertorio, que alcanzó una presencia global entre finales del siglo XIX y principios del XX, no puede ser visto como un efecto de transferencia de un aparato discursivo-institucional de las metrópolis a las periferias (Sartori, 2005). Tensos procesos de reconfiguración territorial ligados a la formación de nuevos órdenes coloniales en el sudeste asiático se constituían en espacios de apropiación del concepto *civilización*. Bernard Cohn (1996) ha observado, en este sentido, cómo la conformación de modalidades de organización económica y social en India se asentó sobre una visión de la civilización nativa que la describía como una comunidad cohesionada por categorías religiosas, esta idea fue nutrida por un coleccionismo sistemático que caracterizó a la Corona británica. Todos estos objetos eran estudiados como artefactos que proveían información útil para la administración colonial. Así, se suponía que en las tradiciones se podría encontrar vehículos para la movilización de comunidades hacia el trabajo colectivo, y de la misma forma se buscaba en ellos un lenguaje con el cual explicar la existencia de diversos tipos de propiedad, incluyendo, por supuesto, la propiedad y tributos debidos a la Corona. El trabajo de Cohn revela los nexos entre representaciones civilizatorias de las clases subalternas de la India y la administración de una economía colonial:

Para estar contentos y ser productivos bajo el orden británico, los 30 millones de súbditos negros de la Campaña de la India Oriental, cuya bien dirigida industria aportara ampliamente a la riqueza británica, no necesitaban más que protección a sus personas y jerarquías, justicia en sus asuntos temporales, indulgencia para con los prejuicios de su religión y el beneficio de esas leyes que ellos han sido educados para creer que son sagradas (Cohn, 1996: 72) (traducción propia).

Simultáneamente, el concepto *civilización* entraba a formar parte de los repertorios de actores que participaban de las prolongadas guerras civiles en América Latina. Los actores en competencia, en campos de fuerza específicos, dieron sentido al uso político del lenguaje de lo civilizatorio. Es conocido el papel que tuvo en la Argentina de Rosas la obra de Domingo Faustino Sarmiento, *Civilización y barbarie*, donde se expresaban el conflicto regional argentino y las aspiraciones del partido liberal. Se trataba de establecer un contraste entre la vida rural que estaría a la base del caudillismo y las imaginadas formas políticas modernas ligadas a la vida urbana. De la misma forma, en el espacio andino se produjeron usos del concepto de civilización que buscaban demarcar una diferencia entre poblaciones indígenas rurales y poblaciones mestizas urbanas¹⁵. Como lo ha observado Aline Helg (1999), lo que estaba de por medio, mucho más allá que una competencia entre concepciones ideológicas conservadoras y liberales, era el problema racial que pesaba sobre las clases subalternas. A finales del siglo XIX y principios del XX, el darwinismo social era indisoluble del discurso civilizatorio y las jerarquías que este establecía.



Figura 1. Exposición Universal, París
(Catálogo, 1900)

15 En la obra de Marisol de la Cadena (2000), por ejemplo, veáse el impacto del concepto de *decencia* en la demarcación de jerarquías entre mestizos e indios, urbanos y rurales en el Cuzco.

El ciclo de las celebraciones centenarias en América Latina marca un punto de giro en el discurso civilizatorio. Aline Helg (1999) y Mercedes Prieto (2004) observan cómo las celebraciones del centenario de la Independencia representan un hito en la producción de discursos nacionalistas y conducen a una reformulación del discurso racial. Helg señala cómo, en Argentina, tras varias décadas de fomento a la migración europea con fines de blanqueamiento racial, y en un momento en que se trataba de fortalecer el papel del Estado sobre estas poblaciones a través de la educación, se produce un pico en discursos nacionalistas que encuentran un gran escenario en la celebración del centenario en ese país, en 1910. Estos discursos proponen una primera imagen positiva del nativo como un ancla para procesos de formación cultural nacionalista (Helg, 1999: 45).

Para Prieto, a partir de la intensa activación cultural que produce el centenario, ocurre una lenta transfiguración del papel de los indios en el discurso nacional en Ecuador, su trabajo muestra cómo lo indio se integra en alegorías ligadas a la producción y surge una mirada artística sobre rasgos civilizatorios andinos que forman parte del acervo nacional¹⁶.

En efecto, la celebración del centenario marcó un cambio de guión significativo entre lo que se demandaba del país para instalar su *stand* en las exposiciones universales en Europa e integrarlo al canon de las representaciones orientalistas, y lo que las repúblicas intentaban representar de su integración en el círculo de las naciones como civilizaciones gobernadas por élites occidentales que integraban, en una perfecta jerarquía, a las poblaciones nativas y su historia. El contraste entre la imagen de Ecuador representada en París y la que se ofrece en la Exposición Nacional por el centenario, en 1909, es claro. En el contexto de la Exposición de París, según el testimonio del periodista José Martí, el pabellón de Ecuador contrastaba con el de una Argentina que se retrataba como progresista. Ecuador representaba una civilización oriental que se componía por un templo inca con dibujos y adornos “como los que los indios de antes ponían en los templos del Sol, y adentro los metales y cacao famosos, y

16 La autora propone que décadas después, en los treinta y cuarenta, esta presencia simbólica es apropiada por un sector indígena urbano que, a la vez que se distancia del entorno rural, logra intervenir de forma más activa en el discurso nacional.

tejidos y bordados de mucha finura, en mostradores de cristal y de oro” (Martí, 1990: 24). En efecto, según se desprende de una circular de la comisión de la sección ecuatoriana publicada en el *Diario de Avisos*, París pidió expresamente de Ecuador “momias, ídolos, armas, vestidos, adornos y otros objetos de origen Inca”. Entre hamacas colgadas, cauchos y palmeras, estos artefactos incas se habían instalado junto con los de tribus amazónicas, para más fácil comprensión de los visitantes¹⁷. El *Diario de Avisos* era claro al transmitir que con los objetos solicitados al Ecuador para ser instalados en París no se quería hablar del interés mercantil en el territorio andino sino llevar a la mente un discurso sobre civilización periférica: “no tiene valor mercantil, pero estarán en armonía con el carácter antropológico del Pabellón de la sección ecuatoriana que representa un templo de los aborígenes”¹⁸. En contraste, el Estado liberal buscó construir, en el contexto de la Exposición Nacional de 1909, una imagen de la civilización nacional ligada a la imagen del progreso, pero, sobre todo, un acuerdo de paz que permitiera el cese de un largo conflicto civil y posibilitara la integración del país al círculo de las naciones democráticas.

En la Exposición Nacional, el discurso fue de alta incidencia, esta estableció una primera identificación entre la independencia y el progreso como dos hitos en la formación nacional. A las puertas de la exposición llegaba la gran máquina del ferrocarril, en representación del paso sustancial conquistado por el Estado liberal, al transformar un país fragmentado en una economía integrada. Los innumerables objetos que llegaron de todo el país no hubieran podido reunirse en Quito sin esa portentosa máquina que acortaba las distancias. La construcción de un edificio monumental en el entorno semirural de La Recoleta, la puerta sur-oriental de Quito, ofrecía ser una iniciativa modernizadora de grandes dimensiones.

La lectura de Alfaro era que la paz requería confrontar la causa de las revoluciones: la formación de capitales, el trabajo y el problema político eran estas causas (Eloy Alfaro citado en Mora, 1909: 35). En cuanto a la formación de capitales, el Estado liberal defendía la inversión en la exposición nacional como necesaria, pese a las críticas, porque era un vehículo para hacer conocer el país, y no solo a Guayaquil, en los centros europeos

17 BAEP, *Diario de Avisos*, Guayaquil, octubre 11 de 1888, año I, n. 152, folio 3.

18 BAEP, *Diario de Avisos*, Guayaquil, octubre 11 de 1888, año I, n. 152, folio 3: 3-4.

(y así atraer capitales). Sin embargo, el discurso del progreso nacional era poco verosímil sin la búsqueda de un acuerdo de paz. Tras treinta y dos meses de guerra, y con el peligro de perder el liderazgo del partido liberal en manos del “civilista” general Leonidas Plaza Gutiérrez, para Alfaro el asunto prioritario era resolver el cese del conflicto bélico y la entrada de Ecuador dentro del grupo de las naciones que tenían “fe en la democracia”.

La prensa chilena reportaba la sofisticación de la exposición que se había erigido en un valle para construir en forma alegórica y en palacios espléndidos un canto al trabajo. Dos estatuas que representaban un indio y una india con los atributos del trabajo estuvieron colocadas en el centro de dos jardines, frente al edificio principal (País y Gormaz, 1909: 89). La Exposición Nacional, esa vitrina de objetos comerciales y fetiches culturales de todas las latitudes del territorio, revelaba, además, que ambas élites, liberales y conservadoras, de todo el país, se habían dedicado, los primeros cien años de “la libertad que nos legaron nuestros antepasados”, al trabajo, ese esfuerzo que permite “adquirir las conquistas de la Civilización Moderna” (Eloy Alfaro citado en Mora, 1909: 30). Pero más allá de la capacidad de transformación de la naturaleza representada en las alegorías del trabajo estaba de por medio cómo integrar a los trabajadores a la nación, y el proceso civilizatorio era la respuesta.

La posibilidad de redefinir simbólica y pragmáticamente el lugar del trabajo en el discurso civilizatorio sobre Ecuador atravesaba la pregunta de cómo integraban las clases populares a la nación. Se planteaban cuál era el papel de los artesanos urbanos en esta, ese segmento social que vivía álgidamente la competencia entre facciones liberales y conservadoras, y cuál era el papel de aquel heterogéneo grupo de campesinos sin tierra que tenían nuevas expectativas desde que habían sido enrolados en las milicias liberales, forzosa o voluntariamente.

La desmovilización de las milicias y el lugar que se asignaría a las tropas en el espacio del trabajo y en la civilización constituían las preguntas del momento. El tema del trabajo, más allá de la alegoría de transformación de la naturaleza que conllevaba, hacía pensar en el lugar de las clases populares en la nación. Al hablar del trabajo, Alfaro describía una vía para la integración del ejército al mercado nacional y una vía para preparar su ciudadanía. Él se refirió a las milicias del ejército revolucionario como el



Figura 2. Construcción del Palacio de la Exposición Nacional¹⁹

recurso humano fundamental para un proceso de industrialización venidero. Su visión de estas huestes era la de un ejército que debía dejar las armas y entrar en la era de la producción ¿Por qué no convertir los cuarteles en talleres donde trabajasen las otras tres cuartas partes del ejército?, se preguntaba.

En el discurso de cierre de la Exposición Nacional, el general Alfaro retomó el tema de la tierra como un asunto ligado al problema del trabajo. Mediante la entrega de tierras a familias campesinas que carecían de estas y a soldados desmovilizados que deberían constituir colonias agrícolas proponía atacar una de las causas de la revolución. En una intervención crítica con el papel jugado por el Estado terrateniente para la concentración de tierras, Alfaro decía que la “ley de García Moreno” era contraria a la civilización, “para vendernos nuestro territorio pedía doscientos sucres por un lote para una familia pobre (...) esa es una valla para que no trabaje”. El caudillo radical proponía que, al repartir “los inmensos terrenos nacionales”, daría prioridad al campesinado antes que a la élite terrateniente, otorgaría la tierra gratuitamente y la dividiría en pedazos de

19 Archivo Histórico de las Fuerzas Armadas (AHFFAA).

diez hectáreas para cada individuo que perteneciera a una sociedad agrícola, cincuenta a cada familia que se instalara en las montañas, y cobraría cinco veces el precio por el terreno a los ricos que quisieran adueñarse de estas vastas regiones (Mora, 1909: 7).

Sin embargo, la disposición real del conjunto del régimen a negociar el asunto de las tierras ya había quedado establecido en los años precedentes. Otro elemento del discurso de Alfaro fue más influyente en establecer el lenguaje con el que se llevarían a cabo las negociaciones de paz entre los poderes regionales. Alfaro estableció una ecuación contrastante a aquella que enarbolaban las tropas de fin de siglo. En su discurso, sustituía la ecuación abolición del concertaje, tierra y ciudadanía, por una ecuación entre civilización y democracia. Para llenar de contenidos a la monumental y costosa Exposición Nacional adelantó una convocatoria a todas las municipalidades de Ecuador, para conformar comisiones encargadas y enviar colecciones representativas de sus tesoros civilizatorios.

Intelectuales conservadores y liberales, comisarios y funcionarios, coleccionistas y propietarios participaron activamente y en medio de una competencia simbólica única por dotar de sentido a las colecciones de objetos que instalaban en la gran Exposición Nacional como muestras de la existencia de civilización en varios municipios del país. En contraste con los pabellones de Ecuador, en las exposiciones universales que, como hemos dicho, estaban forzadas a representar civilizaciones antiguas, la exhibición nacional se pobló de objetos priorizados por las élites municipales que portaban una narrativa sobre su identidad como cabezas de regiones orientadas al progreso y la salvación. Cada modelo civilizatorio regional incluía un lugar para el trabajo que no estaba política sino orgánicamente integrado a sus respectivos modelos de administración regional.

Las élites quiteñas, por ejemplo, aparte de la obra de los centros mencionados enviaron Cristos de Caspicara del coleccionista Antonio Mena. Según narra el propio Jacinto Jijón y Caamaño, la élite conservadora había fortalecido su identidad como adalid de la acción social católica cuando el Estado liberal disolvió el patrimonio de la Iglesia Católica y la élite laica se había apropiado de significativas obras de arte colonial que pasaron a formar parte de sus colecciones privadas. Estos objetos eran

indicios de aspiraciones de las élites regionales por representar su papel, más que como empresarios, como cabeza espiritual de sus regiones.

(...) los grandes maestros de la pintura quiteña del siglo XIX, Rafael Salas, Juan Manosalvas y Joaquín Pinto fallecieron con diferencia de meses al año de 1906. Coincidió con su muerte la promulgación de la ley de beneficencia que privó de sus bienes a las comunidades religiosas. Los más afectados fueron los monasterios que para proveerse de lo necesario se vieron obligados a desprenderse de algunas obras de arte. Fue esta la ocasión propicia para que algunos quiteños sensibles al valor de los bienes culturales, adquirieran imágenes y lienzos y formasen copiosas colecciones de arte colonial y republicano (Jijón y Caamaño, 1976: 12).

El arte religioso y cortesano del antiguo régimen, que en las exposiciones universales había sido desplazado a un lugar entre las civilizaciones antiguas, era recuperado como símbolo de la civilización moderna en la república poscolonial. Los organizadores de la exposición, saliéndose de las convenciones universales según las cuales los premios eran otorgados a las obras clasificadas dentro de la sección “bellas artes”, se inventaron un premio para una sección denominada “retrospectiva”, compuesta de las obras de arte religioso colonial de Gorivar, Samaniego, Miguel de Santiago, los Salas, Manosalvas Cadena, Salguero, y otros. El jurado, que no podía premiar a los artistas ya difuntos, resolvió reconocer a los caballeros coleccionistas que enviaron sus cuadros a “bellas artes”, pues estos interpretaban “uno de los más reconocidos tesoros de la civilización nacional”²⁰.

La exposición era una muestra de que en Ecuador se podía pactar la paz. La producción material de las distintas regiones no podía revelar otra cosa que la dedicación del conjunto social al trabajo productivo en el que habían invertido la libertad legada por los precursores de la independencia. Estas eran pruebas de civilización que oscurecían todo tipo de conflictos y revelaban una imagen de las regiones como sociedades integradas en las que las élites tenían la visión y el pueblo ejercía virtuosamente el

20 Entre los coleccionistas que nombra el autor se encontraban Pacífico Chiriboga, Alberto Mena Caamaño, quien donó su colección para formar el Museo Municipal, y el propio Jijón y Caamaño. Esta fue, además, la circunstancia en la cual José Gabriel Navarro escribió sobre la historia del arte en Ecuador (Jijón y Caamaño, 1976).

trabajo. En esta definición de civilización, el papel de los obreros artesanales de las ciudades resultaba notorio. No por coincidencia las mejores preseas en el certamen de la exposición se otorgaron a los círculos obreros auspiciados por los partidos liberal y conservador: la Escuela Tipográfica de la Sociedad Filantrópica del Guayas, el Centro Católico de Obreros (CCO), fundado por la nueva generación de la élite terrateniente, las escuelas cristianas y el Instituto Don Bosco de las misiones Salesianas entre la clase obrera de Quito (*Catálogo*, 1910).

El gran despliegue monumentalístico y la representación de métodos de integración del pueblo a la civilización, expuestos como grandes novedades de la modernidad ecuatoriana en 1909, sirvieron para desarrollar, en los siguientes años, a los municipios, conservadores y liberales, como núcleos para la administración social en el territorio. Estos recibieron una serie de garantías durante el proceso de institucionalización del Estado liberal. En su imaginario fabril, Alfaro, en realidad, confiaba en el papel de los municipios como centros de irradiación de la civilización. Así, proponía “hacer de cada municipio una colmena”, aumentar sus rentas, y crear talleres para hombres y mujeres en cada una de estas corporaciones (Eloy Alfaro citado en Mora, 1909: 43).

Representación popular en el centenario y procesos políticos al interior de las corporaciones obreras

La invitación a poner la civilización moderna por encima del conflicto político constituyó una invitación irrechazable para el adalid de la Acción Social Católica, el arzobispo Federico González Suárez. De acuerdo con Alfaro, él predicaba entre sus huestes induciéndolos a dejar la guerra y hacer un sacrificio patriótico: “nosotros, los obispos, ahogando en nuestro corazón de pastores y de padres espirituales de los ecuatorianos todo resentimiento por los ultrajes de que hemos sido víctimas, abriremos nuestros labios para bendecir a la nación entera” (González Suárez, 1909: 49) El significado de civilización para González Suárez provenía de una estirpe completamente distinta a la de Alfaro. La adopción del término *civilización* entre los católicos seguía la prédica de los papas Pío IX y León

XIII, que se podría resumir en la reivindicación de las tradiciones filosóficas de autoridad social y administración racional del tiempo portadas por la Iglesia Cristiana en las primeras colonias del mundo occidental. Estas eran vistas como matriz de un proceso civilizatorio moderno previo y más eficiente que el emprendido por los países protestantes durante la era industrial. La prédica del papa León XIII se enfocaba en la integración del obrero a instituciones filantrópicas que matizarían las contradicciones del mundo moderno y evitarían su expresión política.

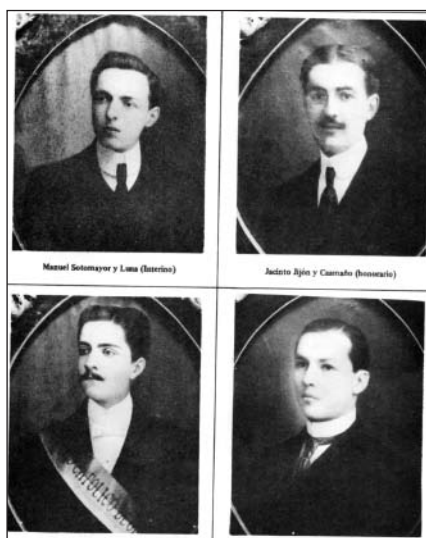


Figura 3. Fundadores del Centro Católico de Obreros²¹

En esta línea, González Suárez proponía una interpretación de la Independencia como la maduración de un proyecto civilizatorio católico expandido con la conquista sobre los territorios orientales, y que debía continuar expandiéndose en las nuevas repúblicas al interior del territorio nacional. Para el arzobispo, la emancipación de las colonias hispanoame-

21 CCO. Círculo auxiliar de jóvenes fundadores del Centro Católico de Obreros. Retratos de Manuel Sotomayor y Luna, Jacinto Jijón y Caamaño, Carlos Manuel Larrea y Julio Tobar Donoso. Patrimonio Histórico del CCO.

ricanas no podía entenderse como un fruto de la guerra, ni los Estados fundados en la fuerza podían ser considerados la institución nacional más alta. En una prédica que enfatizaba en el valor del cuerpo social y reivindicaba su carácter orgánico y su contenido moral, el arzobispo buscaba subordinar la imagen del Estado. Para él, el triunfo de la Independencia no era la fundación del Estado republicano sino el desplazamiento de una misión evangelizadora del plano internacional al plano interno nacional, en el que unas poblaciones debían continuar la misión religiosa de integrar a las poblaciones. Si el triunfo hubiera sido la entronización de un nuevo Estado fundamentado en la fuerza, comentaba el arzobispo, “yo ni como católico ni como ciudadano tomaría parte alguna de la celebración” (González Suárez, 1909: 46). La Independencia había sido un triunfo de la civilización cristiana y marcaba un nuevo territorio para la conversión de las naciones orientales, esta vez al interior de la nación. Y se habría de celebrar como tal.

El hemisferio occidental derribó la valla que lo separaba del hemisferio oriental, cuando la civilización se abrió paso al mundo americano, la espada invencible del conquistador español se tiñó de sangre, esa sangre era la sangre del indio que defendía sus lares y pretendía en vano cerrar el camino a la civilización latina que llegaba al nuevo mundo; cuando la civilización latina creció, sintió la necesidad de respirar los aires de la libertad, entonces la espada castellana volvió a teñirse de sangre (...) y esa sangre fue sangre de hermanos (...) la emancipación hispano-americana fue la despedida del que hace del hogar paterno el hijo dando nuevo lustre al blasón de su heredada nobleza, porque la civilización no conoce fronteras (González Suárez, 1909: 47).

En esta perspectiva coincidían varios líderes de la modernizada Iglesia Católica, se pronunciaban a favor de celebrar el centenario en la medida en que se veía como un homenaje a una nueva etapa de la civilización hispánica y no como una fiesta política. Así, el obispo Carlos María de la Torre establecía como uno de los fundamentos del proyecto civilizatorio católico el cultivo de las virtudes que, en su concepto, eran terreno de la “sociedad civil”, no del Estado, y en este sentido predicaba por la protección de los obreros y el fomento de las artes manuales e industrias (De la Torre, 1909).

Con este discurso, la élite conservadora dirigía la mirada hacia otro de los espacios o fronteras donde se negociaba el conflicto revolucionario y donde ciertos sectores de las clases populares buscaban modificaciones en su posición de fuerza política y social. El espacio obrero empezaba a ser estratégico para la legitimidad del poder regional, circunstancia que no cambió hasta la década del treinta, cuando lo obrero empezó perfilarse como anti-hegemónico, ligado a izquierdas y a un trasfondo de luchas campesinas (Coronel, 2006 y 2009b). Las circunstancias que enfocamos a continuación pueden verse como un proceso de legitimación del sector artesanal que participó de la representación de lo nacional y se apropió del discurso civilizatorio apoyado por la élite regional, al tiempo que ocurría una disminución del espacio político que existía al interior de las organizaciones, pues en estas avanzaba la intransigencia a todo signo de competencia política o abierta movilización política.

Durante los primeros años del siglo XX, la Sociedad Artística e Industrial de Pichincha (SAIP) se encontraba atravesada por una intensa disputa entre facciones liberales y conservadoras, que luchaban por controlar la presidencia de la corporación. En los recuerdos del sastre de filiación conservadora Miguel Chiriboga Alvear, los artesanos liberales, descritos como “garroteros”, estaban politizados. Entre los más temibles Chiriboga recuerda al sastre cubano Miguel de Albuquerque, “El ciego”, veterano de la guerra de Independencia de Cuba bajo el mando del general Maceo, quien se trasladó a Ecuador con el encargo de Alfaro de promover el asociacionismo liberal entre las clases populares urbanas y fomentar entre los obreros la autonomía de otras clases sociales. Tras fundar, en Guayaquil, la Confederación Obrera del Guayas e impulsar el liberalismo en varias de las corporaciones que la componían había pasado a Quito y entrado en conversación con los artesanos, “conquistándose voluntades y procurando ganarse la confianza y el afecto” (Chiriboga, 1917: 291). Este había logrando que el señor Villagómez, de la Sociedad de Zapateros, lo presentara a todos los gremios en una junta general, para iniciar su campaña política.

Albuquerque habría continuado con su trabajo de formación política por fuera del espacio corporativo hasta conformar un grupo de más de cincuenta individuos que exigían la elección de un nuevo directorio des-

ligado del partido conservador. En realidad, los liberales, al momento, contradecían el papel cada vez más influyente que tenía la nueva generación patronal a través de sus dirigentes políticos e intelectuales en el obrerismo de Quito, particularmente desde la fundación del Centro Católico de Obreros, en 1906. Albuquerque había intentado ganar por elecciones este directorio, bajo la consigna de que había que negar el acceso a la organización a todos aquellos que no fueran obreros y que pertenecieran a las élites regionales.

Este episodio fue expuesto con escándalo por el conservador Fray Gerundio, para el cual la experiencia de consejos y asistencia de las capas superiores a las inferiores de la sociedad era altamente deseable. Este se admiraba de que no hubiera habido un solo agente de policía para defender a los artesanos, y alegaba que la Policía había faltado en dar garantías y no había seguido la ley de inviolabilidad del domicilio.

La Policía, por su parte, particularmente el batallón Carchi, apostado en la ciudad de Quito, apoyaba la penetración liberal en las asociaciones. La defensa conservadora a las imputaciones hechas por esta facción liberal del obrerismo era que habían invadido un espacio privado donde los artesanos resguardaban sus creencias sin necesidad alguna de ser “liberados” por los radicales para ventilar sus conflictos en público. Los términos del debate son significativos, mientras los liberales son vistos como promotores de la politización del espacio obrero, los conservadores describen sus asociaciones civiles como espacios domésticos colectivos. El concepto mismo de *política* era visto con rechazo por el narrador Chiriboga Alvear, quien sostenía que con esta tendencia turbaban la paz del espacio doméstico de los artesanos, que buscaban asociarse para fines de mutua beneficencia y no políticos.

Hay que recordar que una de las tensiones fundamentales en la clase artesanal quiteña era, precisamente, la que existía entre operarios aprendices y maestros, en torno a los atributos de los maestros en los talleres artesanales, concebidos como espacios domésticos. En varias quejas recogidas en el trabajo de Milton Luna (1989), los operarios denuncian la violencia y servidumbre que formaban parte del poder patriarcal ejercido por los maestros. La defensa del espacio doméstico formaba parte de la identificación de los maestros como élite dentro del campo artesanal, y coin-

cidía notablemente con la mirada de la acción social católica sobre lo que debían ser los espacios de agremiación obrera.

Los garroteros –artesanos politizados por el liberalismo– estaban provistos de armas y contaban con el respaldo del ejército, particularmente de las compañías Carchi y Yaguachi, veteranas de la revolución liberal. Sin embargo, según testimonio del propio Chiriboga, también buscaban legitimidad política al interior de las organizaciones y cambiar la dirigencia de la asociación hacia una tendencia liberal. En este sentido, buscaron representantes entre los propios artesanos; el maestro Zoilo Suárez, el coronel Vascones (maestro sastre y dueño de uno de los más grandes talleres de Quito), el maestro Villagomez (presidente del gremio de zapateros), entre otros, formaban parte de núcleos liberales dentro de la SAIP que habían entrado en diálogo con el revolucionario cubano Miguel de Albuquerque. Este monstruo político, según la visión del maestro Chiriboga, buscaba “restar simpatías al Sr. Dávila”, presidente de la SAIP, quien era retratado como un adalid del conservadurismo en una biografía que describía la depuración de la biblioteca de libros liberales y la persecución a todo signo ligado al laicismo.

Aunque Chiriboga se extrañaba de la existencia de posiciones políticas dentro de la organización artesanal, la SAIP se había caracterizado por el predominio liberal entre los años 1893 y 1907, particularmente durante las presidencias de José Vascones, quien obtuvo el título de coronel del ejército liberal, y de Francisco Rivadeneira, de quien Chiriboga se extraña que estuviera interesado en las lides políticas desde una visión liberal: “lo más extraño del caso es que hubiera habido miembros de la Sociedad, y algunos tan sensatos y caracterizados como el señor Don Francisco Rivadeneira que sin escrúpulo alguno se prestasen a representar el ínfimo papel de comparsa en esta pantomima política” (Chiriboga, 1917: 288).

Entre 1907 y 1910, la SAIP estaba dirigida por Rafael E. Dávila y Zoilo Suárez, reconocidos conservadores. El 25 de noviembre de 1908, la tensión entre las facciones alcanzó un nivel confrontacional, comentado por toda la prensa. El interés del partido liberal por orientar a la SAIP hacia su doctrina fue evidente cuando el entonces joven intelectual Homero Viteri Lafrente promovió reuniones con el gremio de zapateros e incluso les apoyó en la reforma de estatutos. Para la prensa conservadora,

lo más deleznable de aquel intento había sido tratar de romper la independencia de una colectividad que había jurado neutralidad política y dedicación a la perfección artística. La prensa conservadora narraba horrorizada cómo la SAIP había escogido finalmente un directorio liberal, una colectividad dirigida por un honrado y laborioso artesano había pasado a manos de un “chusma de garroteros” que avivaban a Alfaro, al coronel Vascones, y pedían “abajo el arzobispo, abajo las sotanas” (Chiriboga, 1917: 296). La campaña asociacionista liberal fue importante en la Sierra, así el gremio de carpinteros lideró la fundación de Unión Obrera, mientras José Vascones, el sastre liberal, les proponía la unión de todos los oficios para ser más fuertes, como lo implementaban ya en la Confederación Obrera del Guayas, asociación tildada de masónica por el artesano católico.



Figura 4. Niños de la SAIP, 1900²²

La presión de la facción liberal mantuvo su vitalidad hasta 1809, cuando la organización del desfile obrero del centenario y del congreso obrero fue ocasión para una más activa presencia de las élites municipales de orien-

22 Archivo Histórico y Biblioteca de la Sociedad Artística e Industrial de Pichincha. Niños de la SAIP, smd.

tación conservadora como padrinos y consejeros de los artesanos. El proceso de celebración del centenario fue un momento de gran expresividad de las facciones conservadoras dentro de los círculos obreros, lo que se puede observar en sus actas organizacionales. Durante las conmemoraciones hablaban de representar el obrerismo como un elemento del cuerpo social y no ser manipulados en la disputa política.

Los artesanos, liderados por Rafael E. Dávila, reclamaban presentarse como corporaciones independientes en la celebración del centenario, y no “forzados” como si fueran tropas del ejército liberal (Chiriboga, 1917: 309). La SAIP invitó, en este contexto, al CCO para organizar su participación en el programa del 10 de agosto, y en esta convocatoria se volvió a plantear, precisamente, el discurso de si se trataba de una invitación a enmarcar los nuevos símbolos políticos propuestos por el liberalismo para conmemorar la fecha cívica, o si se ratificaba, mediante actos independientes, la presencia del obrerismo como corporación autónoma del Estado y como miembros de una comunidad moral, corporaciones que formaban parte orgánica del cuerpo social.

En la comisión que se decidió a intervenir en el guión con el que participarían los círculos obreros, podemos ver, nuevamente, la cúpula de la élite terrateniente. La reunión para la planificación se instaló bajo la presidencia de Jacinto Jijón y con asistencia de Carlos Manuel Larrea, entre otros miembros del círculo de jóvenes de las élites que presidían el CCO; destacaban entre estos asistentes Jacinto Pankeri, de la misión Salesiana, y 120 obreros. Pese al interés de la dirigencia de la SAIP por participar de la conmemoración cívica, Jijón expresó su sospecha de que se estuviera buscando distraer a los obreros de la prédica ligada a la nación católica y enarbolando nuevos símbolos patrios por el interés del liberalismo de fortalecer el Estado. En este sentido, Jijón se expresa ofendido por no haber recibido una invitación formal del Municipio y conocer que otras asociaciones respetables tampoco habían sido formalmente invitadas.

A estas objeciones, el señor Viteri (artesano agremiado) contestó, dentro de la prédica conservadora, que la fiesta no era del Estado sino de la sociedad, del terreno de la moral y no de la política: “Siendo esta, no una fiesta de Gobierno sino de todos los ecuatorianos, por lo mismo no nece-

sitamos de invitación ninguna para demostrar nuestro regocijo en la celebración de las glorias patrias. Pues si fuera cosa de Gobierno, sería el primero en oponerse a que el Centro asista”²².

En una retórica afín a la de los artesanos y la dirigencia conservadora, la prensa internacional describió el desfile obrero como una expresión de unidad sin conflicto. Como signo de su dignidad se mostraba rodeada de alegorías civilizatorias: elegancia, pabellones y lápidas conmemorativas. El obrero era la parte noble y espontánea de la nación, en su inmensa mayoría no se podía diferenciar disputa, y su voz sonaba al unísono.

El número más hermosamente conmovedor de los festejos, la nota más simpática en estos días, la manifestación más noble y espontánea de patriotismo fue el desfile obrero (...) A las 10 am salía de la casa de la Sociedad Artística elegantemente decorada, la clase trabajadora de la capital formada por la mencionada corporación, los diversos gremios y el CCO con sendos pabellones. Se iba a descubrir la lápida conmemorativa que los artesanos de Quito colocan en la casa en que esos egregios obreros que proclamaron nuestra Independencia, cayeron víctimas de la tiranía. Al recorrerse el pendón hubo algo verdaderamente grandioso, digno de nuestros grandes hombres y del pueblo del año 9. Diez mil hombres, formando un solo corazón y una sola alma, entonaron, bajo la dirección del maestro Reinaldo Suárez el himno nacional, cuyas notas nunca de más majestad que en esta ocasión conmovieron todos los pechos. El pueblo, que es el Derecho, despertaba a la Gloria, representada por nuestros libertadores (País y Gormaz, 1909: 151 y 152).

El obispo Carlos María de la Torre, con el pretexto de las fiestas religiosas celebradas paralelamente a las que promovía el Estado, pronunció un discurso en la iglesia metropolitana en el que insistía en que la sociedad era un organismo perfecto gobernado por la moral antes que por la fuerza de la ley y la política; en este sentido, la autoridad social, según lo ratificaba el obispo, radicaba en las familias, las corporaciones y los vínculos sociales, antes que en las regulaciones civiles y políticas.

El presidente de la SAIP, el señor Prado Orrego, maestro artesanal, promovió el 2 de agosto de 1810 como un día particularmente importan-

22 SAIP, Libro de Actas, 1906-1911.

te para la memoria de la participación obrera en la retórica, pues era el día en que los artesanos de Quito se habrían inmolido gloriosamente al atacar el cuartel real de Lima en defensa de los patriotas²³. La conmemoración obrera, más que una celebración del homenaje del pueblo a su memoria, tenía la forma de un duelo colectivo, el pueblo se representaba en una profunda conmoción interior, parecida a la expiación penitencial de la Semana Santa quiteña, cuya simbología, desde la época colonial, representaba la unidad moral de la comunidad expresada en una procesión colectiva y expresiones individuales de íntima conmoción espiritual (Coronel, 2007). A la vieja retórica jesuítica, el pueblo reaparecía en la conmemoración del primer centenario involucrado en un ejercicio de conmoción que recordaba el lazo moral que unía la comunidad y particularmente este segmento social.

No será por demás advertir, señor Presidente, que vuestra Comisión, interpretando los fines altamente patrióticos de que está animada la clase obrera del Pichincha, ha dado participación del proyecto a todas las instituciones y clases sociales de la capital, porque así lo exigen el patriotismo y la gratitud para con ellos que no escatimaron en dar su sangre y su vida para que gozáramos de libertad y patria (...) se izará la bandera nacional, a media asta y adornada con crespones negros en los frontispicios de las casas y talleres²⁴.

A esta misma hora se izó también la bandera de la patria en los edificios públicos, casas particulares y talleres: y los alumnos de la escuela militar y escuelas de clases hicieron la guardia de honor en torno al monumento erigido a los mártires del 2 de agosto de 1810. Las corporaciones sociales de la época, el ejército, y las instituciones educativas simbólicamente representadas en la juventud y la niñez acompañaron el juramento de la bandera hecho por la clase obrera, quienes se aseguraron de contar con la presencia de los poderes Ejecutivo y Judicial, y de los cuerpos diplomáticos y consular. Este era el arranque, además, del Segundo Congreso Ecuatoriano de Obreros.

23 SAIP, Libros de Actas, Sesión del 23 de febrero 1910.

24 SAIP, Libros de Actas, Sesión del 2 de marzo de 1910.

En un momento en que la orientación del obrerismo de la Sierra estaba en disputa, la dirigencia conservadora de la SAIP decidió incluir como su expresión principal en el programa de celebración del centenario un congreso obrero nacional, simultáneo al congreso de mujeres católicas que se inauguraba por la Liga de Señoras (véase Herrera, en este mismo volumen). El objetivo del congreso era promover el mejoramiento intelectual y material del obrero, y difundir una prédica de la unión entre obreros e industriales. Como proceso preparatorio a este congreso, el joven Jacinto Jijón daba a los artesanos conferencias sobre las causas y consecuencias del 10 de agosto, en las que exponía la relevancia de la lealtad popular a la dirigencia criolla que caracterizó a la junta soberana de Quito. Jijón les ofrecía todo tipo de símbolos de afirmación de la aceptación de los obreros dentro del edificio jerárquico de la nación católica, se programaba llevarlos de insignias y llevarlos a misa, y se aceptaba que pusieran una corona a San Agustín, para interpelar directamente al santo ante el panteón católico, esto era visto como una concesión, un signo de amplitud; el joven terrateniente mostraba su generosidad invitándolos luego a un vaso de cerveza de sus fábricas.



Figura 5. Directorio de la Asociación Cinco de Junio
Confederación Obrera del Guayas
(Buenaventura Navas, 1920)

Los protectores o miembros honoríficos de las corporaciones se vieron convocados al congreso obrero y discutieron uno de los aspectos sustantivos de cómo debían participar los artesanos en las disputas políticas entre liberales y conservadores. Manuel Sotomayor y Luna, uno de los más antiguos promotores de círculos obreros, presentó un proyecto relativo a procurar que los obreros ejercieran el derecho al sufragio, suponiendo que por ser mayoría podrían privar a los liberales del poder conquistado por las armas y la movilización de poblaciones analfabetas (Chiriboga, 1917: 341). Esta solicitud fue contestada con gran energía por el arzobispo González Suárez, quien le advirtió al presidente de la SAIP, Rafael E. Dávila, que no tratara de temas relativos a la moral, porque ese era terreno de los prelados. Hasta el año de 1923, cuando la Iglesia reaccionó ante la crisis del Estado liberal y buscó movilizar a las clases populares al voto, para recuperar el poder del Estado, el partido conservador siguió la línea propuesta por González Suárez de no tolerar la participación del artesano católico en política, ni siquiera del lado conservador, y fomentar su lazo moral con la patria y su distanciamiento total del terreno político.

(...) pónganse ustedes en terreno firme y no en terreno deleznable: terreno firme es el terreno constitucional, y desde ese terreno la acción de ustedes será impune. Hagamos que la república ecuatoriana sea verdaderamente república, lo será si somos morales y no partidistas de nadie, sino patriotas: la Patria y no el partido (...) una el amor de la patria a los que el partido político ha dividido (González Suárez citado en Chiriboga, 1917: 342).

El trabajo de Milton Luna (1989) sobre el CCO ha mostrado cómo el intento de los artesanos de movilizarse hacia la defensa de la causa conservadora era repudiado por el “círculo auxiliar de jóvenes”. Mientras se estimulaba su visibilización pública en escenarios religiosos y deportivos, se rechazaba hasta con la expulsión su intento de identificación política. El sacerdote jesuita Manuel José Proaño hablaba entusiasmado, en julio de 1909, sobre el impacto de la exposición que había movilizado a todo el país a un propósito que no era la guerra, insistía en que todos los objetos expuestos y monumentales obras civiles modernas compondrían una imagen incompleta sin un monumento al vínculo moral que unía la nación:

“(…) si nuestra amada Patria como libre dedica a sus héroes el Palacio de la exposición, y como benéfica el gigantesco Sanatorio, la misma Patria, como católica, levantara entre uno y otro monumento la admirable Basílica prometida por todo el pueblo ecuatoriano al santo Corazón” (Proaño, 1909). El Sagrado Corazón de Jesús simbolizaba la unidad moral de la nación; esta simbología complementaba el discurso sobre el progreso y la libertad civil que tenían su lugar en la exposición. Para Proaño, el Palacio de la Exposición y el Sanatorio –adelantos culturales y científicos de la época– debían someterse a la dirigencia de la Iglesia y no del Estado.

Los libros de actas de la SAIP nos permiten leer el serio impacto que tuvo en la organización obrera y en los propios artesanos la apropiación de estos discursos sobre civilización católica, por parte de la élite de la Iglesia Católica moderna, y de la nueva élite católica, agrupada, por ejemplo, en el círculo auxiliar de jóvenes de la CCO. Al interior de la SAIP, este mensaje ratificaba la posición del presidente de la organización, Rafael E. Dávila, y de la facción conservadora de la organización, que se había opuesto a la participación de los artesanos en asuntos políticos, y que, en este sentido, habían rechazado los debates propuestos por los representantes del liberalismo popular. La prédica sobre la unidad ideológica en las civilizaciones regionales generó dinámicas de depuración de la disidencia dentro de las organizaciones artesanales. Uno de los puntos sobresalientes del reclamo conservador era que ellos se encontraban creando el comité organizador de la exposición conmemorativa del centenario y respondiendo cartas del Centro Católico de Obreros, cuando los obreros radicales irrumpieron en la escena y reclamaron la presencia de sujetos extraños a su clase. La expulsión definitiva de Miguel Alburquerque de la Sierra, así como la salida de la confederación obrera de varios artesanos liberales, tales como el coronel José Vascones, que habían disputado el liderazgo de la organización artesanal desde 1895, se dieron precisamente a partir del incremento de la presencia de la élite intelectual y política de la nueva generación patronal y de la Iglesia, con un discurso sobre civilización que impulsaba la creación de un modelo de participación de este sector obrero en la celebración del centenario y en la representación del trabajo en la nación. El maestro sastre Manuel Chiriboga

Alvear deja ver cómo, precisamente después de 1910, tras la participación de la SAIP en los festejos del centenario y en la Exposición Nacional, se produjo un proceso de unificación ideológica dentro de la asociación, se depuró la asociación de facciones liberales y la SAIP estrechó los vínculos con el Centro Católico de Obreros, con quienes preparó su participación en los eventos del centenario.

Algunos artesanos se apropiaron del rechazo a participar en política para hablar de sus frustraciones frente a la sociedad que, de hecho, los excluía. En este sentido, los libros de actas de la SAIP se refieren a una discusión interna significativa ocurrida en 1911. El presidente electo Emilio Estrada había invitado a la SAIP a llevar todo su ingente para rodearlo en un acto público, el artesanado quiteño debía llenar 14 coches dispuestos para el efecto. La dirigencia de la corporación, a cargo de Carlos Arteta, estaba dispuesta a hacerlo para mostrar al público la presencia honorífica de los obreros en la nación.

La invitación al artesanado a actuar como “estatuas vivas” que representaban al pueblo seguía un discurso de integración esquemático que había eliminado completamente el reconocimiento del conflicto, sin embargo, la credibilidad de este discurso estaba en riesgo. Algunos miembros de la SAIP respondieron al llamado del gobierno con escepticismo, lo que puede explicarse como un rechazo al liberalismo, pero también como una forma de confrontar el hecho de que la vía de integración vigente no garantizaba el bienestar artesanal: “Todo magistrado que sube al Poder ofrece siempre grandes cosas a la clase obrera y nunca las cumple, no las ha cumplido. Aquello de protección al pueblo es mentira, señor presidente, pido que la Sociedad rechace por unanimidad la invitación propuesta”²⁵.

El presidente de la asociación, Orrego, respondió a este pedido de los miembros mediante un argumento que restablecía el carácter ordenador del concepto *civilización*. Lo que estaba en juego, les recordaba el presidente, no era si apoyaban o no a un movimiento político sino si pertenecían o no al lado civilizado de la nación.

25 SAIP, Libros de Actas, Sesión del 26 de abril de 1911: 111-113.

Sin que se crea que trato de terciar en este asunto, debo indicar a los señores consocios que la aceptación de la invitación propuesta, lejos de implicar una intromisión de la Sociedad en ámbitos políticos, no diría otra cosa que en cumplimiento con un deber de sociabilidad y de exquisita educación que manda prestar las atenciones y consideraciones a todos aquellos que lo merecen por su elevada posición social²⁶.



Figura 6. Diploma conferido por la Confederación Obrera del Guayas a la SAIP²⁷

El partido de la regeneración liberal pronto incorporó también esta perspectiva, el concepto *civilización* sirvió para que las élites municipales de Guayaquil auspiciantes de la Confederación obrera del Guayas (COG) promovieran entre los obreros una búsqueda de valores y gustos de la civilización moderna, desmotivando su movilización política o directa participación en la vida política del partido. Según el discurso de los caballeros liberales y conservadores para con sus trabajadores, su participación en la contienda política era innecesaria, antes debían experimentar procesos de educación sentimental, entendidos como una preparación que les ser-

26 SAIP; Libros de Actas, Sesión del 26 de abril de 1911: 113.

27 SAIP. Archivo Histórico y Biblioteca de la Sociedad Artística e Industrial de Pichincha. Casa del Obrero. Quito.

viría para superar la desventaja moral que les daba su raza y que los obligaba a someterse al tutelaje o filantropía de figuras patriarcales en cada región. En el caso del Guayas, la Confederación Obrera fue auspiciada por la gobernación y municipios liberales de esa provincia, donde se hacía evidente el vínculo de la organización con el partido liberal que lo auspiciaba y, en parte, financiaba; vínculo que no era visibilizado como político, sino como una relación de filantropía de las instituciones liberales para con el pueblo de Guayaquil, una muestra de civilización democrática. Los “hijos del trabajo” se encontraban atareados en el aprendizaje de virtudes modernas como la ilustración, la higiene y la moda, en un ejercicio que los redimiría de sus estigmas raciales para una futura integración plena a la comunidad política. En ambos escenarios, la imagen de la redención, mediada por el aprendizaje de artefactos civilizatorios, formaba parte de un discurso que desestimulaba la movilización política. Esta desmovilización de ninguna forma debe pensarse como natural, puesto que gran parte de los componentes de la COG, entre estos la sociedad 5 de junio, la sociedad de cacahueros Tomas Briones, al igual que, en la Sierra, los obreros educados por el Instituto Don Bosco de la Orden Salesiana, había sido militante de las tropas del liberalismo y del conservadurismo, respectivamente, para luego integrar estos escenarios donde, desde la década del diez, se privilegió, más allá de la ayuda mutua, el objetivo de la civilización.

La configuración del Guayas como provincia liberal y laboratorio de una “cultura democrática” ocurrió entre tensiones que se mantuvieron en su seno para expresarse de forma dramática en la década del veinte. Rodeada de provincias radicales como Esmeraldas y Manabí, donde aún estaba en juego la movilización campesina, bajo el liderazgo de Concha y Lastres, y pese a la explícita demanda de las tropas del liberalismo por transformar la existencia del concertaje y la exclusión del montubio de aquella civilización democrática, desde Guayaquil se marcó una clara frontera entre el espacio urbano municipal y el entorno agrario²⁸. Un sec-

28 José de la Cuadra (1996) hace una descripción detallada del concertaje en las provincias de la Costa. Respecto de la representación cultural del montubio, habla de tres momentos: el primero, dentro de la narrativa romántica y costumbrista del siglo XIX, el segundo en la década del

tor obrero dignificado y dispuesto a recorrer el sendero de la ilustración y el aprendizaje de gustos modernos para integrarse plenamente contrastaba con la suerte del montubio. En una reflexión posterior, en la década del treinta, José de la Cuadra (1996), en su obra *El montuvio ecuatoriano*, trató una periodización de cómo había sido visto el campesinado en esta urbe moderna. Según su concepto, este había pasado de ser el estereotipo en la narrativa romántica y costumbrista del siglo XIX a ser la mofa de una literatura en la que se hacía burla del montubio, retratado como aquel que no entendía los patrones de la civilización urbana (De la Cuadra, 1996). Este giro cultural estaba ligado a la construcción de una retórica democrática en la urbe que incluía imágenes del obrerismo, su acceso a maneras civilizadas de vivir y gustos modernos en los que se entrenaban las clases populares urbanas ligadas a la Confederación Obrera del Guayas. Desde su fundación por Eloy Alfaro, el 31 de diciembre de 1905, esta se concebía como un lugar de pacto entre una diversidad de actores para formar un movimiento nacional liberal.

El apareamiento en los espacios públicos de los trabajadores ligados a la COG era parte de lo que se consideraba “la fiesta liberal”. Agustín A. Freire, quien tradicionalmente había estimulado la fiesta obrera, como director de publicaciones y organizador del área recreacional del secretariado Club Guayas, perteneciente a la COG, describía cómo en los florecidos puertos ribereños de Nobol, los trabajadores de Guayaquil eran honrados con palmas y arcos, banderas y festones, y los bomberos, una especie de Policía civil en el pueblo, con alto prestigio, marchaban para honrarlos junto con las niñas de los colegios públicos (Buenaventura, 1920). En esta ocasión, las secciones locales de la confederación obrera habían fundado una rama local llamada Asociación Obrera Piedrahita, una librería local provista de una gran selección de publicaciones, al tiempo que el “entusiasta propietario” de las plantaciones de cacao había saludado al grupo con un discurso sobre la colaboración social entre clases. En una atmósfera de festividades dedicadas a los trabajadores, el señor Rendón había decidido hablar y proponer su candidatura al Senado de la

diez, cuando surge una literatura humorística del montubio como el que no entiende los patrones de la civilización urbana, y un tercero, de protesta ante la violencia detrás de estas representaciones en la década del treinta.

República, prometiendo que habría de trabajar por el bien del pueblo, una descripción vívida de todos los tributos a los trabajadores y a su imagen, así como a su papel dentro de la nación liberal, sigue la descripción de esta fiesta del trabajo (Buenaventura, 1920).

La representación alegórica del pueblo incluyó esta representación poderosa de la integración de clases y la presencia de organizaciones civiles que promovían la filantropía pública como intento de legitimar el rol del Estado liberal como representante del pueblo. La imagen de huelgas como festividades cívicas se ratifica en el testimonio posterior de Floresmilo Romero Paredes, líder de la sociedad de peluqueros, quien participó en la huelga de 1922 y, sesenta años después, recuerda con nostalgia que en la década del diez, la relación entre obrerismo y partido político en el Guayas había sido democrática: “se consiguieron favorablemente los aumentos [de sueldo] sin roces de ninguna clase y agitación, reclamos o paralización” (Donoso, 1982: 41).

La era que inaugura la fiesta centenaria se caracteriza por una reducción del espacio para la diferencia, antagonismo y expresión política al interior de la organización obrera artesanal. La contracción del margen de conflicto tenía mucho que ver con la disminución, también, de la competencia entre élites de distinta filiación doctrinaria. La relativa pacificación entre las élites, agrupadas bajo el liderazgo de González Suárez en la Sierra y bajo las corporaciones liberales del Guayas y el Estado liberal, cerraba las fisuras de la competencia entre partidos al menos en dos provincias: Pichincha y Guayas; y suprimía un espacio que había permitido a distintos sectores subalternos presionar por negociaciones más significativas. La pacificación relativa incluía también una alternativa a la integración popular. El obrerismo urbano recibía legitimación pero se proscribía su uso de lenguaje político y participación beligerante en la negociación de condiciones entre los bandos históricamente confrontados, particularmente al interior de la organización. En contextos en que se pactaba la mutua neutralidad y, por tanto, se consolidaba la unidad ideológica del poder regional, como proponemos que ocurre a partir de la celebración del primer centenario, los sectores obreros urbanos se veían incluidos por, pero también constreñidos a, un papel subordinado a las nociones de legitimidad y condicionamientos de muestras de civilización establecidas.



Figura 7. Trabajadoras a la salida de la Fábrica textil Chillo-Jijón²⁹

La distinción ofrecida a los artesanos como primeros subalternos sometidos a procesos civilizatorios les abrió la posibilidad de acceder a mecanismos de integración y dignificación, a cambio de renunciar a sus lazos con el entorno social menos regulado, y de hacerlo como una renuncia simbólica, además, al mundo rural. Este ofrecimiento tuvo un impacto importante en un segmento de la sociedad de artesanos, que persiguieron este objetivo para desembarazarse del peso de los estigmas coloniales. Este signo formaba parte sustancial del discurso de los círculos obreros católicos. La división entre artesanos y campesinos en la Costa era menos explícita pero, de hecho, la Confederación Obrera del Guayas marcó también una división entre el obrerismo urbano protegido por las municipalidades y el trabajo rural. Esta opción de integración fue acogida por el obreris-

29 AHBCE. Fondo fotográfico Guayas.

mo en ambas latitudes, y los artesanos se esmeraron en aprendizajes técnicos y conferencias sobre moral o impresiones sobre ilustración popular; en este contexto de demostración de compartir patrones civilizados, buscaron representación en las fiestas cívicas de las ciudades. Igual de significativas que esa literatura humorística que hacía burla del campesino montubio de la Costa, en la Sierra se generaron varias modalidades de diferenciación con el entorno rural que no podemos tratar aquí exhaustivamente, pero que sí debemos reconocer como uno de los elementos del programa civilizatorio que traían consigo la representación conmemorativa del centenario y, en particular, la educación obrera para la civilización.

El uso de la urbanística del centenario sirvió para afianzar la jerarquía entre el espacio urbano y el rural, marcando linderos que ocultaban la circulación del campesinado en la ciudad. Las reformas urbanísticas aceleradas por la conmemoración cívica fortalecieron una relación de segregación y dependencia entre la ciudad y el entorno rural³⁰. Así describe César Borja, director de las obras de la exposición, que, entre obras de ingeniería y estética, la construcción del palacio de la exposición requería de un particular esfuerzo para mantener una visión del mismo como un portento moderno en medio de un paisaje natural, un valle delicioso, y, a la vez, suprimir el contacto con su entorno de trabajo rural. Se trataba de construir y reparar el camino de la parroquia Alfaro a la Magdalena, a través de la carrera Loja, a fin de que las recuas y los vehículos de rodaje pesados y voluminosos transitaran por esa vía y dejaran libre, para transeúntes y carruajes, la carrera Maldonado (País y Gormáz, 1909: 110). Se esperaba que la obra monumental y su cercanía con la estación del ferrocarril condujeran a una pronta expansión, a su alrededor, de una nueva ciudad sobre los campos “sanos, fértiles y pintorescos de los valles del sur” (Borja en País y Gormáz, 1909: 111).

Una de las formas en que esta visión de domesticación y ocultamiento del campo por parte de una urbe civilizada penetró en el espacio “obrero”

30 Junto con el palacio de la exposición se observaron procesos de reforma urbanística que Eduardo Kingman (2006) ha descrito como procesos destinados a disciplinar poblaciones y segregar la presencia popular de la ciudad. Rígidos códigos sobre orden e higiene atentaron, según demuestra su trabajo, contra una relación más fluida entre poblaciones diversas, en los espacios de mercado y cultura popular.

fue la representación que hizo la misión Lasallana de la educación obrera en sus talleres como una educación civilizatoria y no técnica, que incluía un drástico alejamiento del artesano de su entorno familiar y sus costumbres ambiguas. La misión Lasallana, además, representaba una clara división entre su misión en los confines de la periferia, su misión amazónica, y su misión urbana, tejiendo una distancia simbólica que oscurecía la existencia de un inmediato y problemático entorno rural y campesino.

En el colegio Don Bosco, en el barrio la Tola, se enseñó herrería, sastretería, zapatería y clases elementales a miembros de las clases populares, desde su infancia³¹. Desde 1901 se ofreció también carpintería, escultura, imprenta y curtiembre, todas “siguiendo paso a paso el progreso industrial moderno”. El instituto creció bajo la dirección de salesianos italianos, y la ayuda de los “cooperadores salesianos” o miembros de las élites serranas que colaboraban económica y políticamente con el instituto, para forjar una clase artesanal basada en virtudes católicas; estos obreros eran preferidos en las industrias y talleres donde buscaran trabajo³².

La escuela de artes y oficios de Don Bosco servía de internado de hijos de artesanos, allí pasaban de cuatro a seis años sin contacto alguno con su familia. Este esfuerzo servía para reconstruirlos como sujetos librándolos de la costumbre de hacer de los aprendices una especie de servidumbre doméstica, costumbre en la cual se difundían valores tradicionales y se construían lazos de dependencia personal con el maestro artesanal. El resultado de la educación ofrecida por los lasallanos en el Don Bosco era la formación de subalternos virtuosos, que contrastaban con el conjunto de poblaciones calificadas como degeneradas y tendientes al crimen. Después de cuatro años, salían perfectamente educados en nuevas técnicas y habiendo sustituido sus vínculos familiares por una formación como militantes de la Acción Social Católica. Debieron aprender de la prédica que el consuelo y la resignación, en momentos de adversidad, eran “poderoso-

31 Jacinto Pankeri desarrolló una estrecha amistad con Manuel Jijón y Larrea y con el pequeño Jacinto Jijón y Caamaño, como le decía en cartas. Ya muy mayor, disfrutaba de ir a las haciendas a revisar cómo estaban haciendo su trabajo los administradores, y enviar cartas contando detalles a su ahijado Jacinto. A veces decidía que la administración era pésima y tomaba las riendas por sus propias manos. AHICC, Fondo documentos económicos familia Jijón.

32 Entre 1900 y 1910, Guido Rocca presidió el colegio provincial de los salesianos, en 1911, José Degiovanni, y para 1925, Dn. Luis Comoglio.

sos frenos que detienen los bordes sociales”, y todos estos mensajes deben haber sido introducidos en un difícil pero perdurable proceso cotidiano, impartido a los alumnos internos.

Gran parte del proyecto educativo en el instituto y en la corporación consistía en constituir un sector obrero artesanal que fuera de confianza y, por tanto, distinguido de una mayoría de trabajadores menos educados, que, en principio, se consideraban poco confiables e incluso eran criminalizados bajo argumentos económicos y raciales. La educación católica permitía al obrero superar el estigma discriminatorio colonial; por eso la labor salesiana y de asociaciones obreras como la CCO se consideraba la “salvación de la Patria”, y su tarea había sido premiada por la alcaldía y los empresarios particulares con especial énfasis, en los años veinte. Con esto, educarse y legitimarse a través de la práctica técnica y religiosa debe haber resultado atractivo para el obrero, acudir a un llamado a ponerse “de pie, obreros de Quito”, debió ser una forma de escapar a los rigores de una sociedad polarizada por diferencias que tradicionalmente resultaban en formas de discriminación del pueblo. La doctrina social de la Iglesia practicada en Quito reconocía la dignidad del obrero, bajo ciertas premisas, y le asignaba un papel: “ser cumplidos, cultos y perfectos cada uno en su arte e industria” (*Recuerdo*, 1925: 9). “En todas las exposiciones del ramo los productos del Instituto han merecido los primeros premios, y como premio permanente y duradero, al trabajo perfecto, la honorabilidad, el cumplimiento y la buena acogida que tienen en la industria los alumnos que aprendieron su arte o su oficio en este plantel” (*Recuerdo*, 1925: 12).

La presencia del arte colonial en la Exposición de Quito, y el poder de la narrativa de Juan León Mera –con su novela *Cumandá* (1879)– sobre la identidad de la élite patronal católica de la Sierra se complementaban con la imagen de la misión Lasallana como una misión, al tiempo, de civilización latina, en los terrenos recónditos orientales (la Amazonía), y en el terreno de la formación de clases obreras civilizadas, en las ciudades, integradas a la civilización occidental en una posición subordinada. Las élites se representan como misioneros laicos, y el arte era el blasón de su cruzada. El arte religioso colonial, que aparecía sorpresivamente entre la mueblería *art nouveau*, representaba su genealogía como católicos occidentales, pues portaba una imagen sobre mecanismos de integración social y

unidad moral: junto con el poderoso efecto de la imagen moderna del Corazón de Jesús, que hablaba de cohesión moral de la comunidad, el arte religioso evocaba la imagen de la élite criolla, formada por los jesuitas y luego por la misión Lasallana, como peregrinos en territorios recónditos de su propia república, misioneros en los trópicos y sobre poblaciones orientalizadas. Este tipo de arte se convirtió en el símbolo que exhibía la élite empresarial de la Sierra (hacendaria e industrial) como una mensajera que difundía la civilización en los confines del mundo colonial³³.

A partir de 1906, la presencia de invitaciones, actos conjuntos y comunicaciones entre el Centro Católico de Obreros y el Instituto Don Bosco de los salesianos es notable en la correspondencia del primero; sin embargo, la relación que los unía no era horizontal. La década del diez inició con el signo de que el CCO se perfilaba como la institución obrera a la cabeza de los otros escenarios de educación y socialización obrera instalados por la Iglesia. El CCO en Quito, según lo ha notado Milton Luna (1989) parecía tener un poder misterioso que no se relacionaba directamente con estar ubicado en la ciudad capital, ni con el número de sus miembros, sino que era la presencia de la crema y nata de la élite terrateniente e industrial de Quito, la militancia de católicos no religiosos, según la prédica del arzobispo González Suárez, lo que le daba esa aura. El CCO estaba formado por una base artesanal y un círculo de “auxiliares” pertenecientes a la nueva generación de la clase terrateniente e industrial de Quito, que poco a poco se fue convirtiendo en un referente de las élites conservadoras de provincia, sobre todo por aquellos que fomentaron el obrerismo católico en ciudades como Latacunga, El Ángel, Tulcán, Ambato, entre otros. El prestigio del CCO de Quito tenía que ver con el hecho de que era el primer círculo obrero dirigido por seglares; en contraste con el Instituto Don Bosco y las sociedades vicentinas, a tono con la época, la Iglesia nutría una diri-

33 Carmen Fernández-Salvador (2008) describe el resurgimiento de santuarios marianos en la zona rural, promovidos precisamente por las élites conservadoras durante las décadas del diez y el veinte. El peregrinaje a estos santuarios puede ser puesto en el contexto de la apropiación que hicieron los intelectuales de la Escuela Católica de elementos cohesionadores de la doctrina religiosa durante los siglos coloniales. No solo se apropiaron del arte religioso, sino que también reactivaron elementos de cohesión religiosa como los santuarios, que se concebían como núcleos desde los cuales se irradiaba educación moral en entornos hostiles, como la zona rural, e incluso en un entorno que el imaginario geográfico identificaba como salvaje.

gencia escogida entre las élites terratenientes y empresariales de la Sierra. Esta contaba en la presidencia a los individuos más notables de las nuevas generaciones de las élites empresariales serranas, aquellas que, asentadas en Quito, tenían en posesión haciendas e industrias a lo largo del callejón interandino, como los Jijón, los Tobar Donoso o los Larrea. Estos jóvenes dirigentes eran los futuros intelectuales y directores políticos del partido conservador, quienes, en el CCO, ensayaban como cabezas de un tejido de corporaciones sociales de distinto rango social a lo largo del territorio. Ellos, y no la Iglesia en sí misma, se proponían difundir el nuevo proyecto de solidaridad social. Es así que el centro siempre mantuvo un discurso de autonomía y hasta superioridad frente a otros centros obreros católicos dirigidos por la Iglesia Católica, como lo fue la Liga Obrera de San José, a cargo de los Lasallanos.

Así lo expresaba en una conferencia ante el Centro Católico de Obreros, en noviembre de 1909, el intelectual latacungueño José María Coba Robalino, quien reclamaba la necesidad de articular una red de corporaciones de distinguidos católicos que ayudara a las ciudades más pequeñas a triunfar sobre las tensiones políticas entre el obrerismo liberal y el obrerismo católico, aún vigentes en las ciudades de provincia. Coba hablaba de seguir el modelo que hemos descrito para Quito: la urgente necesidad de uniformar la Acción Social Católica entre las clases trabajadoras del país³⁴. Su propuesta era integrar los círculos obreros católicos de provincia en una red bajo el liderazgo del CCO de Quito. Asimismo, el conferencista insistía en la necesidad de establecer lazos de identidad y comunicación con otros núcleos de educación obrera, como la Liga Nacional Obrera de San José, los talleres Don Bosco de arte, el centro popular García Moreno, y las misiones de la conferencia de San Vicente de Paul.

Aunque el pacto de no intervención entre élites de ambos movimientos estaba sellado, las élites provinciales sentían todavía la amenaza que podía constituir entre sus obreros el liberalismo. Si la guerra había terminado entre Quito y Guayaquil, no había que confiar en el obrerismo liberal, en lo que se refería a la Sierra central; por ello, un apadrinamiento de los cen-

34 Entre sus publicaciones véase Coba Robalino, J. (1929). Aquí hacemos referencia a la conferencia del 21 de noviembre de 1909 (Archivo del CCO).

tros católicos de Quito y de sus dirigentes, las élites hacendatarias y empresariales asentadas en la capital, resultaba de extrema importancia para Caba.

(...) un delegado de la Confederación Obrera del Guayas, valiéndose de la autoridad de que estuvo revestido por medio de amenazantes bandos, obligó a los artesanos de León a comparecer en la comisaría nacional con el pretexto de presidentes de los gremios a gusto y satisfacción de el elegido y a estos dignatarios obligó a que se adhirieran todos los artesanos a la Confederación Obrera del Guayas. Como fueron violentamente arrastrados a la comisaría, asustados al principio firmaron algunos su adhesión, los demás estaban vacilantes; después unieron se casi todos dóciles a los consejos e instrucciones de personas sensatas, no temieron ni se acobardaron ante las amenazas ni el espionaje. Protestaron por la prensa y dieron el ejemplo de un pueblo templado y preparado para todo (...) Sin ser puntuales a las reuniones no hubieran hecho lo que hicieron. La actitud de los obreros de Riobamba y León repercutió en los pueblos comarcanos, enseguida se notó que estaban aislados que el asilamiento puede serles mortífero. Al mismo tiempo que despertó en los pueblos el espíritu de asociación el permanente deseo de no permanecer aislados sino de unirse a alguna asociación importante de la capital. Los obreros provincianos de León oyeron hablar del centro católico de esta capital (...) y desearon unirse todos a este centro. Con la idea de ver un directorio general en Quito que ilustre, aconseje, y dirija a los directorios de provincias, cantones y otros (Coba, 1909: 8).

El modelo antes descrito no impidió el resurgimiento del conflicto armado en zonas radicalizadas del territorio a partir del asesinato de Eloy Alfaro, en el año 1912, sin embargo la coyuntura del centenario marcó algunos elementos significativos de lo que, hasta 1925, fue la configuración del llamado régimen oligárquico.

Conclusiones

Aunque la paz propuesta por Eloy Alfaro estuvo muy lejos de ser duradera –recordemos que la confrontación se radicalizó en 1912, cobrando su propia vida y creando una nueva etapa de guerrillas radicales que confron-

taban las facciones civilistas del liberalismo asentadas en el poder—, las negociaciones dadas en la coyuntura ayudaron a consolidar una tendencia hacia el predominio conservador en el asociacionismo obrero en la capital, y una regionalización de los experimentos de asociacionismo obrero liberal en la costa. En las provincias de la Sierra central, la influencia de uno u otro partido no llegó a resolverse de forma clara; sin embargo, las posiciones de la tropa del liberalismo y del conservadurismo también cambiaron radicalmente. La tregua entre caballeros generó una atmósfera común en el asociacionismo urbano; en el Centro Católico de Obreros, como en la Sociedad Artística e Industrial de Pichincha, o en la Confederación Obrera del Guayas la década del diez se caracterizó por una sustitución del discurso de la movilización contra el enemigo político hacia un nuevo énfasis en la integración condicionada por discursos civilizatorios.

En el contexto de la celebración del primer centenario de Independencia se formó un repertorio nacional en torno al concepto *civilización*: discursos públicos del gobierno liberal y las élites de la Acción Social Católica, intervenciones de corporaciones de caballeros y del sector artesanal urbano, opiniones vertidas en la prensa y registradas por los libros de actas de los círculos obreros, y propuestas de coleccionistas y otros colaboradores de la gran exposición nacional de 1909 fueron voces fundamentales para definir el campo de la representación nacional como un problema civilizatorio.

El marco normativo vigente en las exposiciones universales definía que la representación de las sociedades periféricas debía organizarse en torno a la categoría de civilización antes que a la categoría de mercancía. Este giro aportó, de forma muy relevante, a la consolidación de regímenes sociales interno-coloniales, pues confirmó divisiones de la población basadas en categorías de sujetos racializados a los que se les atribuía características morales y culturales diferentes, y, por tanto, su exterioridad de la modernidad aportó a la reformulación de la frontera interno-colonial. En contraste, en la negociación al interior de la república, el moderno concepto de *civilización* fue clave en el intento de las élites oligárquicas por integrar a las clases populares urbanas como sujetos de un proceso civilizatorio, mientras se definía un límite entre campo y ciudad que invisibi-

lizaba el conflicto campesino e imaginaba una frontera con civilizaciones exóticas –similar a la imagen de lo oriental del discurso imperial– en el espacio amazónico.

El uso del concepto de *civilización* en el campo de fuerzas que caracterizaron al Ecuador del centenario, también fue un espacio para la legitimación de la imagen del obrero en la nación. La regionalización del poder bajo el régimen oligárquico impactó en la definición de los modos de integración de las clases subalternas dentro de estos determinados proyectos civilizatorios, e incidió en el afinamiento de un modelo de integración paradójico que, a la larga, expresaría sus contradicciones: la legitimación e integración de corporaciones obrero artesanales de la ciudad se hacía en un contexto de subordinación altamente conflictivo del entorno agrario.

La legitimación obrera fue selectiva e incluyó un proceso de desmovilización del antagonismo políticamente expresado al interior de la organización entre liberalismo popular y conservadurismo popular; y afinada desde su participación en las conmemoraciones cívicas y católicas del centenario, se vio acompañada de una actitud de las élites municipales, tanto liberales como conservadoras, de vigilancia de los obreros, para que estos no traspasaran la lógica gradualista y el discurso civilizatorio de las corporaciones, y no pretendieran incluirse como sujetos políticos, sino como sujetos de procesos educativos graduales que, en un plazo indeterminado, los prepararía para la anhelada igualdad y participación.

El adalid de la Acción Social Católica, el arzobispo Federico González Suárez, y el propio Eloy Alfaro trasladaron al plano de la cultura y, más concretamente, al lenguaje globalizado de la civilización el tema de la integración social y formación de la subjetividad de las clases populares, asuntos que hasta ese momento se dirimían entre actores sociales más diversos, clases populares incluidas, que en medio de la tensión política formulaban juicios sobre justicia e inclusión. El pacto de no agresión que suscribió Alfaro en pos de una normalización del sistema político y en nombre de la civilización creó un efecto de legitimación selectiva e incorporación gradual, pero también de desmovilización y polarización, que se observó tanto en el espacio urbano como en el rural, cuando el arreglo oligárquico empezó a mostrar más dramáticamente sus tensiones internas, hasta entrar en su gran crisis en la década del veinte.

Bibliografía

- Ariés, Philippe y George Duby (1989). *Sociedad burguesa: aspectos de la vida privada. Historia de la vida privada*, tomo 8. Madrid: Taurus.
- Ayala Mora, Enrique (1978). *Los partidos políticos en el Ecuador: síntesis histórica*. Quito: Ediciones La Tierra.
- (1991). “Alfarismo y Placismo: estudio del período 1901-1905 en que se define la división liberal”. En *El liberalismo en el Ecuador. De la gesta al porvenir*, Blasco Peñaherrera (Ed.): 55-99. Quito: Corporación Editora Nacional, Fundación Eloy Alfaro, Fundación Friedrich Naumann.
- Ayala Mora, Enrique (Comp.) (1988). *Federico González Suárez y la polémica sobre el Estado Laico*. Quito: Banco Central del Ecuador, Corporación Editora Nacional.
- Becker, Marc y Silvia Tuttillo (2009). *Historia agraria y social de Cayambe*. Quito: FLACSO-Sede Ecuador.
- Bourdieu, Pierre (1995). *Las reglas del arte: Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama.
- Buenaventura Navas, José (1920). *Evolución social del obrero en Guayaquil. Obra histórica. 1849-1920*. Guayaquil: Imprenta Guayaquil.
- Catálogo (1900). Quito: Imprenta del Correo de París.
- Catálogo general de los premios conferidos por el jurado de la exposición a los concurrentes al certamen nacional, inaugurado en la capital de la República del Ecuador el 10 de agosto de 1909 con motivo del Centenario de la Independencia Sud-Americana proclamada en Quito el 10 de agosto de 1809* (1910). Quito: Imprenta y Encuadernación Nacionales.
- Chávez Mata, José María (1914). *Estado actual de las instituciones obreras de Guayaquil*. Guayaquil: Sociedad de Tipógrafos.
- Chiriboga Alvear, Miguel (1917). *Resumen histórico de la sociedad “Artística e Industrial del Pichincha” (1892-1917)*. Quito: Imprenta y Encuadernación Nacionales.
- Clark, Kim (1998). *The redemptive Work. Railway and Nation in Ecuador 1895-1930*. Wilmington: SR Books.
- Coba Robalino, José (1929). *Monografía general del cantón Pillaro*. Quito: Prensa Católica.

- Cohn, Bernard (1996). *Colonialism and its Forms of Knowledge. The British in India*. Princeton: Princeton University Press.
- Coronel, Valeria (2006). "Hacia un 'control moral del capitalismo': pensamiento social, y experimentos de la Acción Social Católica en Quito". En *Estudios Ecuatorianos: Un aporte a la discusión*, Ximena Sosa-Buchholz y William Waters (Eds.): 57-78 Quito: FLACSO-Sede Ecuador, Abya Yala.
- (2007). "Santuarios y mercados coloniales: lecciones jesuíticas de contrato y subordinación para el colonialismo interno criollo". En *Los Jesuitas y la modernidad. 1549-1773*, Manuel Marzal y Luis Bacigalupo (Eds.): 187-225. Lima: Institut Français d'Études Andines - IFEA, Pontificia Universidad Católica del Perú - PUCP, Universidad del Pacífico Lima.
- (2009a). "Orígenes de una democracia corporativa". En *Historia social urbana: espacios y flujos*, Eduardo Kingman (Comp.): 323-364. Quito: FLACSO-Sede Ecuador, Ministerio de Cultura del Ecuador.
- (2009b). "El liberalismo y el pueblo. Alianzas, postergaciones y aspiraciones en torno a la Revolución Liberal. (1895-1922)". En *El tiempo de Alfaro*, Rafael Barriga (Ed.): 39-70. Quito: Odysea Producciones Culturales.
- Cueva, Agustín (1915). "Nuestra organización social y la servidumbre". En *Revista de la Sociedad Jurídico Literaria* 25: 29-58.
- De la Cadena, Marisol (2000). *Indigenous Mestizos: the Politics of Race and Culture in Cuzco, Peru, 1919-1991*. Durham: Duke University Press.
- De la Cuadra, José (1996). *El montuvio ecuatoriano*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.
- De la Torre, Carlos María (1909). *La religión y la patria. Discurso pronunciado en la iglesia metropolitana con ocasión de las fiestas religiosas celebradas en el centenario del primer grito de la independencia*. Quito: Imprenta del Clero.
- De la Torre, Patricia (1999). *Lo privado y lo local en el Estado ecuatoriano. Junta de Beneficencia de Guayaquil*. Quito: Abya Yala.
- Deler, Jean Paul (1987). *Ecuador: del espacio al Estado nacional*. Quito: Banco Central del Ecuador.

- Donoso, Manuel et al. (1982). *El quince de noviembre de 1922 y la fundación del socialismo relatados por sus protagonistas*. Colección Popular 15 de noviembre. Quito: Corporación Editora Nacional, INFOC.
- Fernández-Salvador, Carmen (2008). "Siguiendo el camino del peregrino: cómo imaginar una geografía cristiana y moderna (1880-1910)". En *Escenarios para una patria: paisajismo ecuatoriano 1850-1930*, Alexandra Kennedy-Troya: 54-77. Quito: Museo de la Ciudad.
- Ferrer, Ada (1999). *Insurgent Cuba. Race, Nation and Revolution. 1868-1898*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.
- Foucault, Michel (1990). "El sujeto y el poder". En *Revista Mexicana de Sociología* 3: 3-20.
- González Suárez, Federico (1909). "Invitación patriótica a todos los fieles de la capital". En *El primer centenario del Ecuador*, R. País y R. Gormaz. Quito: Casa Editorial de J. I. Gálvez.
- González, Fernán (2001). "De la guerra regular de los generales caballeros a la guerra popular de los guerrilleros". En *Memoria de un país en guerra, los mil días 1899-1902*, Gonzalo Sánchez y Mario Aguilera (Eds.): 107-122. Bogotá: Editorial Planeta.
- Harootunian, Harry (2000). *Overcome by Modernity. History, Culture and Community in Interwar Japan*. Nueva Jersey: Princeton University Press.
- Helg, Aline (1999). "Race in Argentina and Cuba, 1880-1930: Theory, Policies, and Popular Reactions". En *The Idea of Race in Latin America, 19870-1940*, Richard Graham (Ed.): 37-69. Austin: The University of Texas Press.
- Jaramillo Alvarado, Pío (1924). *La asamblea liberal y sus aspectos políticos*. Quito: Imprenta Editorial.
- Jijón y Caamaño, Jacinto (1976). *Arte quiteño. Breves consideraciones históricas. Conferencia escrita para la inauguración de la Exposición de Arte Religioso celebrada con motivo del II Congreso Eucarístico Nacional. 15 de Junio de 1949*. Quito: Centro de Publicaciones Pontificia Universidad Católica del Ecuador.
- Kingman, Eduardo (2006). *La ciudad y los otros: Quito 1860-1940. Higiene, ornato y policía*. Quito: FLACSO-Sede Ecuador.
- López-Alvez, Fernando (2000). *State Formation and Democracy in Latin America, 1810-1900*. Londres: Duke University Press.

- Luna, Milton (1989). *Historia y conciencia popular: el artesanado en Quito, economía, organización y vida cotidiana, 1890-1930*. Quito: Corporación Editora Nacional, Taller de Estudios Históricos.
- Manguashca, Juan (1994). *Historia y región en el Ecuador 1830-1930*. Quito: Corporación Editora Nacional, FLACSO-Sede Ecuador, CERLAC.
- Mallon, Florencia (1995). *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press.
- Martí, José (1990). "La Exposición de París". En *La edad de oro. Obras de José Martí*: 100-117. La Habana: Estudios Martianos.
- Mera, Juan León (1879). *Cumandá o un drama entre salvajes*. Madrid: Cátedra.
- Mitchell, Timothy (2004). "Orientalism and the Exhibitionary Order". En *Colonialism and Culture*, Nicholas Dirks (Ed.): 289-317. Michigan: The University of Michigan Press.
- Mora, J. (1909). *El centenario de la Independencia y la paz del Estado. Clausura de la exposición*. Quito: Minerva de Proaño y Cia.
- País, R. y R. Gormaz (1909). *El primer centenario del Ecuador*. Quito: Casa Editorial de J. I. Gálvez.
- Prieto, Mercedes (2004). *Liberalismo y temor: imaginando los sujetos indígenas en el Ecuador postcolonial, 1895-1950*. Quito: FLACSO-Sede Ecuador, Abya Yala.
- Proaño, Manuel José (1909). *El voto nacional. Número extraordinario dedicado a los próceres de la Independencia en el primer centenario de la emancipación política del Ecuador*. Quito: Imprenta de Julio Sáenz.
- Quintero, Rafael y Erika Silva (1986). "El Estado terrateniente en el Ecuador 1809-1895". En *Estados y naciones en los Andes*, J.P. Deler e Yves Saint-Geours (Comps.). Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- (1991). *Ecuador. Una nación en ciernes*. Quito: FLACSO- Sede Ecuador.
- Recuerdo de las Bodas de Plata del Instituto Don Bosco de la Tola 1900-1925*. Quito: Tipografía y Encuadernación Salesianas.
- Saint-Geours, Yves (1994). "La sierra centro norte (1830-1925)". En *Historia y región en el Ecuador (1830-1930)*, Juan Manguashca (Ed.):

- 143-188. Quito: Corporación Editora Nacional, FLACSO-Sede Ecuador, Cerlac.
- Sánchez, Gonzalo y Mario Aguilera (Eds.) (2001). *Memoria de un país en guerra, los mil días 1899-1902*. Bogotá: Editorial Planeta.
- Sartori, Andrew (2005). "The Resonance of 'Culture': Framing a Problem in Global Concept-History". En *Comparative Studies in Society and History* 47 (4): 676-699.
- Scott, Rebecca (2000). *Slave Emancipation in Cuba. The Transition to Free Labor, 1860-1899*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Tenorio-Trillo, Mauricio (1998). "Artilugio de la nación moderna". En *Historiografía general y del Perú: autores y obras del pensamiento histórico*: 135-144. Lima: Universidad Ricardo Palma.
- Turits, Richard (2003). *Foundations of Despotism. Peasants the Trujillo Regime, and Modernity in Dominican History*. Stanford: Stanford University Press.

Archivos

AFL	Archivo de la Función Legislativa, Quito.
AHBCE	Archivo Histórico Banco Central del Ecuador, Quito.
AHFFAA	Archivo Histórico de las Fuerzas Armadas, Quito.
AHICC	Archivo Histórico de Iván Cruz Cevallos, Quito.
BAEP	Biblioteca Aurelio Espinosa Pólit, Quito.
CCO	Centro Católico de Obreros, Quito.
SAIP	Sociedad Artística e Industrial de Pichincha, Quito.
BMG/Rolando	Biblioteca Carlos A. Rolando de la Biblioteca Municipal Guayaquil.